El coyote 1
José Mallorquí



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL COYOTE

una creación literaria
de José Mallorquí

Los nombres de los personajes y los argumentos de estas novelas son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido o similitud con hechos reales es mera coincidencia.

PRÓLOGO

"Es necesario destruir los cimientos de la vieja California, pues sólo así podremos edificar una California a nuestro gusto"...

Con estas palabras del general norteamericano Clarke, conquistador de Los Ángeles en 1846, se inicia la primera novela de El Coyote *y una de las más extraordinarias sagas de la literatura popular de todos los tiempos.*

Su autor es José Mallorquí Figuerola. Y autor y obra se convirtieron en auténticos clásicos contemporáneos de la cultura española, hasta cubrir más de dos décadas de la pequeña historia de los mass-media con las andanzas y aventuras de... El Coyote.

En todas las literaturas de todos los tiempos existe una larga tradición de personajes que se autoerigen en vengadores de alguna injusticia y, bien sea con su personalidad auténtica o bajo una máscara o una falsa personalidad, ejecutan la Ley allí donde el brazo de ésta no alcanza. A esta estirpe pertenecen los Robin Hood, Dick Turpin, Pimpinela Escarlata, El Zorro... y en nuestros días, y llegando al campo del comic, héroes como Spiderman o Daredevil, por ejemplo.

Se trata de una raza de rebeldes, con ribetes de soñadores, que encuentran sus raíces en Espartaco y en cuantos han roto las cadenas para enfrentarse con sus opresores, en lucha por la conquista de su dignidad de hombres.

Ejemplo modélico de esta raza, El Coyote *recoge todas las virtudes de sus antecesores y mejora el modelo. No en vano surge en un tiempo histórico y en un país muy concretos, convirtiéndose pronto en un símbolo inconsciente de las vagas aspiraciones de justicia y esperanza que nutrían la conciencia histórica del españolito de a pie.*

Pero lo cierto es que El Coyote *es algo más, mucho más. José Mallorquí es un narrador nato y sus historias se nutren en la realidad, pasada por el tamiz de la historia y la construcción literaria. Hasta el punto de que sus personajes son mas que eso y encarnan caracteres de gran complejidad y riqueza de matices.*

El valor de la figura protagonista, El Coyote, su *singularidad, la especial sicología que Mallorquí infunde al personaje, así como la perfecta estructura de los argumentos y la minuciosa reconstrucción histórica en la que los mismos se apoyan, han hecho que la colección de novelas de* El Coyote *se convierta en clásico absoluto del género del Oeste. Algo que trasciende las categorías literarias para inscribirse en la de los mitos.*

Porque eso es El Coyote *para los públicos lectores de España, Italia, Alemania, Austria, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Portugal, México, Finlandia... un auténtico mito.*

Y es que José Mallorquí fue durante treinta años el autor español cuya obra se tradujo a más idiomas... después de El Quijote.

Autodidacta, traductor, pronto novelista popular y finalmente maestro de la narrativa, Mallorquí tocó todos los géneros y todas las teclas de un oficio difícil como pocos: divertir a un publico de masas, conectando con ese inconsciente colectivo que nos impulsa a todos a escapar de la estrecha y gris vida cotidiana.

Creado hace años, El Coyote *es un héroe positivo, cuya recuperación por*

Ediciones Forum alcanza dimensiones de acontecimiento, por tratarse de un personaje absolutamente vivo, capaz de despertar hoy como ayer las más profundas emociones en el público juvenil y en el adulto.

Son precisamente los jóvenes los mejores destinatarios de estas novelas y del comic derivado de las mismas, ya que a ellos ofrece Mallorquí un mundo de acción, repleto de aventuras, todo dinamismo, con un justo sentido de la violencia necesaria, siempre contrapesada por la inteligencia, esa arma superior de los seres capaces de comprender lo que la realidad tiene de relativo y complejo.

Héroe de la novela y del comic, El Coyote *representa una bocanada de aire fresco en la literatura de evasión de nuestro tiempo; tanto que esta nueva cabalgata de* El Coyote, *de la mano de Forum, se presenta con un aire de novedad que, una vez más, arrastrará en pos del mito a los lectores, mujeres y hombres, jóvenes y adultos españoles...*

Un mito... Bajo el antifaz se esconde un hombre bueno, inteligente y... tranquilo que se ha alzado frente a la injusticia para defender a los pobres y a los explotados. Armado con dos revólveres, recorre California imponiendo su ley... Su nombre se pronuncia con temor, es... El Coyote.

ANTONIO MARTÍN

El Coyote

José MALLORQUÍ

EL COYOTE, Nº 1
Publicación semanal
EDICIONES FORUM, S. A.

Córcega, 273-277, Barcelona-3 (España)

©1983. Herederos de J. Mallorquí
©1983. Ediciones Forum, S. A., sobre la presente edición
Ilustración de cubierta: Salvador Fabá
Ilustraciones interiores: Julio Bosch y José Mª. Bellalta
Producción gráfica: Beaumont
Imprime: Gráficas Futura, Sdad. Coop. Ltda.
Vfflafranca del Bierzo, 21-23, Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid)
Deposito legal: M. 10.089-1963
ISBN 84-85604-38-5
ISBN 84-83604-37-7 obra completa
Distribuye: R.B.A. Promotora de Ediciones, S.A.
Diagonal, 435. Barcetona-36. Telefono (93) 2019955.
Printed in Spain / Impreso en España
Spirit96 – Diciembre 2004



Capítulo primero

Es necesario destruir los cimientos de la vieja California

-Es necesario destruir los cimientos de la vieja California, pues sólo así podremos edificar una California a nuestro gusto.

El general Clarke pronunció estas palabras con la satisfacción de quien dice algo digno de quedar grabado en las páginas de la Historia. Su compañero movió dubitativamente la cabeza.

-No sé, general, no estoy muy seguro de que ande usted acertado.

-Porque ustedes, los civiles, ven las cosas sentimentalmente -replicó Clarke-. Nosotros, los militares, no podemos ser sentimentales, como no sea en lo que respecta a la defensa de nuestra patria. Para todo lo demás tenemos que ser prácticos, implacables, inflexibles. Si nos dejásemos llevar del sentimentalismo, no podríamos enviar a nuestros hombres a un asalto donde la mitad han de morir. Sólo a base de que sea el sentido práctico el que domine podemos hacer triunfar nuestras armas.

-Pero en este caso no se trata de triunfar en ninguna batalla -sonrió el interlocutor de Clarke. Y con cierta irania agregó-: Usted ya ganó todas sus gloriosas batallas, general. El Congreso se lo ha reconocido.

Por un instante el general pareció aceptar aquella ironía. ¡Sus victorias! La campaña contra Méjico no había sido pródiga en verdaderos triunfos militares. Sin embargo, por los Estados Unidos circulaban estampas litográficas en las cuales el general Clarke, héroe de la conquista de Los Ángeles, aparecía al frente de un grupo de enérgicos soldados de cuadrada mandíbula, kepis azulado, fusil con bayoneta calada, siguiendo la bandera de la Unión, desgarrada por la metralla. En torno a los héroes de Los Ángeles estallaban siete u ocho granadas y, frente a ellos, una masa de soldados mejicanos, erizados de bayonetas y de piezas de artillería, se batía en retirada frente a un

enemigo inferior en número, pero «muy superior en valor». Mas la realidad... No, no era extraño que Edmonds Greene, delegado del Gobierno en el nuevo territorio anexionado a los Estados Unidos, sonriese. Había seguido la campaña y había presenciado la «toma de Los Ángeles» por Clarke y los suyos. Por sus venas corría la sangre de los Greene, sangre que se había vertido en Yorktown, cuando el abuelo de Edmonds combatió contra los ingleses al lado de Washington, y también en Trípoli, cuando el padre de Edmonds intervino en 1815 en la campaña contra la piratería tripolitana, ocupando un puesto de mando en la *Constitución.* Durante estas operaciones, el joven Edmonds había permanecido en Alicante, puerto que servía de base a los mercantes americanos. Más tarde cuando las operaciones adquirieron mayor intensidad, pasó a Malta. Por su estancia en el puerto español y por la misión que el abuelo Greene desempeñó junto al Gobierno de Madrid en tiempos de la lucha por la independencia, el conocimiento que los Greene tenían de España era muy grande. Esto movió al Gobierno Federal a enviar al tercer Greene a California «con la seguridad de que sus gestiones entre los Estados Unidos y los habitantes del territorio recién conquistado contribuirán a una mejor inteligencia entre nuestros nuevos súbditos». Así rezaba la orden recibida por Greene. Ahora, el general Clarke hablaba de cómo debía tratarse a los californianos. Aunque entre ellos y los españoles a quienes Greene había conocido mediaba un abismo, el joven tenía el convencimiento de que las medidas por las que abogaba Clarke no podrían ser más contraproducentes.

-Yo opino que debemos portarnos como amigos -expuso.

-¡Bah! -exclamó, despectivo, Clarke-. Con esa gente no se puede ir con blanduras. Es necesario convencerles de que somos los más fuertes, de que nos importa un comino acabar con todos ellos y de que, además, hemos venido a quedarnos para siempre. Dentro de unos años, Los Ángeles no se llamarán Los Ángeles. Nuestros nietos harán lo imposible por borrar toda huella del paso de los mejicanos y españoles por estas tierras.

Greene se echó a reír.

-Es posible -dijo- que dentro de ochenta o noventa años la población de California haya sido asimilada por la raza sajona. Quizá sea difícil encontrar apellidos españoles; pero, en cambio, puede tener la seguridad de que Los Ángeles se seguirá llamando así, San Francisco será San Francisco, Sacramento no habrá cambiado de nombre, y no sólo eso, sino que todos sus habitantes sentirán un gran orgullo de que sus antepasados pertenecieran a la raza de Don Quijote. Quizá, incluso, les levanten monumentos.

Y no agregó que, seguramente, se reirían del famoso Clarke y de su *heroica* ocupación de Los Ángeles, aunque tenía el convencimiento de que así ocurriría.

-Señor Greene, no deseo chocar con usted, pues se me ha encargado que obremos con el mayor acuerdo posible. Pero mi punto de vista es muy firme. Opino que debe hacerse lo mismo que hicieron los mejicanos con las misiones franciscanas. Decir a los oprimidos que son libres, dejarles que destruyan lo que quieran...

-¡Por favor! -interrumpió Greene-. No repita eso, porque entonces no llegaremos a ningún acuerdo.

La labor destructora realizada por el Gobierno en las misiones franciscanas y dominicanas establecidas por España en California era recordada, por quienes la vivieron, como un acto vergonzoso que, además, destruyó toda la civilización creada por los misioneros en aquel salvaje país. Se había tratado a los padres como a bandoleros cuyo botín debía repartirse entre la gente honrada. A los indígenas que trabajaban para las misiones se les anunció que eran libres y que podían hacer lo que quisieran, privilegio que fue aprovechado por los indios para dedicarse a no hacer nada

útil y a destruir, en cambio, todo lo bueno que pudieron encontrar. Otros abandonaron las misiones y, para olvidar el paternal gobierno de los franciscanos, trabajaron en los ranchos, con paga ínfima, que gastaban en alcohol y en degradarse. El esfuerzo para reunirlos en pueblos fue inútil. Si se les dio tierra, la vendieron. Las propiedades de las misiones desaparecieron sin dejar ninguna huella, y la pobreza invadió en poco tiempo lo que había sido un verdadero paraíso[1]. Ese era el ejemplo que invocaba Clarke, el vencedor, en 9 de enero de 1847, de un combate reñido entre fuerzas disciplinadas y bien equipadas y un grupo de patriotas, inferiores en número, en armas, y sólo superiores en valor, que, días antes, derrotaron a los invasores en un encuentro sostenido entre las dos caballerías. Si los californianos hubieran poseído un poco más de pólvora para su único cañón, las cosas hubieran cambiado y los yanquis no hubiesen ocupado tan fácilmente el terreno que les iba cediendo Flores, el comandante de los californianos. Aquélla había sido la heroica ocupación de Los Ángeles por la cual Clarke, actual gobernador del territorio, había recibido plácemes del Congreso y había visto su estampa reproducida en las famosas litografías.

-Yo creo -siguió Greene- que debemos tratar a los habitantes de California como a seres humanos, respetando sus leyes y dejando que se adapten paulatinamente a nuestra manera de vivir. Con violencias no obtendremos otra cosa que violencias. Sé que se ha empezado a revisar los títulos de propiedad de las tierras. ¿Es cierto?

-Lo es -contestó Clarke-. Está todo muy confuso, como es costumbre en los españoles. Casi ninguno de los propietarios de ranchos tiene documentos de propiedad.

-En los archivos de Méjico o en los de Sevilla deben de encontrarse los títulos de cesión -advirtió Greene-. Si algún defecto han tenido los españoles que se instalaron aquí, fue el de saber que sus derechos eran apoyados por el Gobierno español, y que, por lo tanto, nadie se atrevería nunca a disputarles una tierra que sus abuelos ganaron con sangre.

-¡Tonterías! -gruñó Clarke-. Eso demuestra la incapacidad de esa raza. Ningún americano aceptaría como título de propiedad de una tierra la promesa de que en Washington, en algún libraco perdido, se encontraría registrado su derecho. Nosotros exigimos documentos.

-Entonces..., ¿piensa consentir que se despoje a esos hacendados de los magníficos ranchos que su *incapacidad* ha creado?

-Si tienen sus títulos de propiedad legalmente registrados, se reconocerá que las tierras son suyas.

-General, usted olvida que hace treinta años estas tierras pertenecían a España. En marzo de mil ochocientos veintidós, California, que permaneció siempre fiel a la madre patria, se enteró de que Femando VII no gobernaba ya California y Méjico, y de que en la nueva república, Itúrbide se había coronado emperador. Durante los veinticinco años que esta tierra dependió de Méjico, padeció del desorden que las continuas revoluciones produjeron. Llegó luego la destrucción del sistema de las misiones, que usted tanto admira, y no hubo tiempo ni oportunidad de aclarar las cosas. ¿Cómo iban a ponerse en orden los títulos de propiedad, si puede decirse que antes que California se convenciera de que ya no pertenecía a España tuvo que enterarse de que pertenecía a los Estados Unidos? Pregunte a cualquiera de esos indios que andan por ahí quién es el rey de California y cuál es la bandera que ondea sobre el Ayuntamiento. Le contestarán que esto es del rey de España y que la bandera es española.

-Desde luego -admitió Clarke-; pero no me negará que con una raza así lo mejor que se puede hacer es arrinconarla y sustituirla por otra mejor.

[1] Todos estos datos se hallan ampliamente expuestos en la *History of Los Angeles City,* de Charles Dwight Willfard, edición de 1912.

-¿Y destruir toda su obra? -preguntó Greene-. ¿Ha visto usted, general, los maravillosos cultivos realizados por esos hombres? ¿Por qué arrebatarles sus tierras, si precisamente lo que sobra en California es tierra?

-Pero los españoles se apoderaron de la mejor.

-No, general; tomaron lo que se les concedió y, a base de un trabajo que asustaría a nuestros campesinos, convirtieron el desierto en vergel. Y usted, ahora, quiere traspasar esa obra de todo un siglo a quienes no han hecho nada.

Clarke se puso en pie violentamente.

-¡Mida usted sus palabras, señor Greene, o no respondo de mi!

Greene también se levantó.

-General -replicó-. Usted, no sé con qué fines, proyecta arrebatar a una pobre gente el fruto de su trabajo. No lo consentiré. Si es necesario, sabrán en Washington lo que se propone y cuáles pueden ser los resaltados de su perniciosa labor.

-¿Se opone a mis órdenes? -preguntó Clarke.

-Me opongo a que se cometa un robo en gran escala. Puede usted, y quien le apoye, llevar a cabo las tropelías que quiera; pero no olvide que si acerca las manos al fuego se quemará más de lo que quisiera.

-Veo que prefiere la lucha, señor Greene -sonrió Clarke-. No me importa. Tengo mis ideas y sé que la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos me apoyan.

-Quizá -sonrió Greene-; pero le prevengo que en el momento en que estalle la rebelión enviaré un informe a Washington recordando que ya advertí al Congreso y a usted de lo que sucedería si la revisión de los títulos de propiedad se llevaba a cabo como se pretende. De esa forma el Gobierno sabrá a quién debe acusar de las muertes que se produzcan.

-Puede hacerlo, señor Greene; pero tenga cuidado. Si una voz norteamericana se levanta para incitar a los residentes españoles y mejicanos contra la Unión, no vacilaré en acallar esa voz con la descarga de un piquete de ejecución.

-¿Me amenaza con el plomo, si no acepto el oro de la complicidad?

Clarke se encogió de hombros.

-No amenazo, señor Greene. Me limito a prevenir. Simplemente prevenir. Con ello no creo perjudicar a mi patria.

-Perfectamente, general... Puede seguir por el camino emprendido. Llegará lejos. La historia de California ennoblecerá a fray Junípero Serra, al padre Kino, a Gálvez, a Felipe de Nevé, a Alvarado, a cuantos han hecho algo por esa tierra; pero del general Clarke sólo hablarán para ponerlo en la picota, para presentarlo como...

-Como un hombre práctico, señor Greene. Los idealistas no han hecho nunca nada.

-Es verdad. Los hombres prácticos se alejaron de Colón cuando quiso llegar a las Indias. Los hombres prácticos midieron las fuerzas de Inglaterra y las de nuestro primer presidente, y optaron por la todopoderosa Inglaterra, dejando a Washington con un puñado de idealistas. Tiene usted razón. A los idealistas se les desprecia. En cambio, el mundo está lleno de monumentos levantados a los hombres prácticos como usted.

Y volviendo violentamente la espalda, Edmonds Greene abandonó la estancia, seguido por una mirada cargada de odio que le dirigió el general Clarke, el *héroe* de la toma del Pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles.

Al quedar solo, Clarke paseó nerviosamente por la estancia, meditando lo que debía hacer y sin tomar ninguna decisión definitiva.

Por fin dio una voz y entró su asistente, Charlie MacAdams, que había encontrado en el servicio de las armas un refugio contra la enfurecida Ley, a la cual MacAdams violó excesivas veces.

-A sus órdenes, mi general -saludó.

-Oye, Charlie -contestó Clarke-. Tenemos que hablar. Sé que eres un canalla y que mereces la horca. ¿No es cierto?

Charlie MacAdams sonrió ampliamente.

-Sí, mi genera! -replicó.

-Sospecho que debería castigarte.

-Desde luego, mi general -admitió MacAdams, acentuando su sonrisa.

-Pero no lo haré -prosiguió Clarke.

-Gracias, mi general.

-Sin embargo, debes hacer algo por mí. Es justo que pagues un favor con otro favor.

-Desde luego, mi general.

Esta vez la sonrisa de Charlie MacAdams expresó claramente que las palabras de Clarke no le sorprendían. Al fin y al cabo, MacAdams también asistió a la toma del pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles y, por decirlo vulgarmente, «sabía de qué pie cojeaba» su jefe.

-Hace un momento -empezó Clarke-ha salido de aquí el señor Edmonds Greene. ¿Le profesas alguna simpatía?

-Ninguna, mi general.

-Le han enviado a California para que ponga un poco de orden y termine con lo que en Washington llaman despojo de los californianos.

-Una pretensión muy injusta -declaró MacAdams.

-Y reñida con la buena lógica.

-Desde luego, mi general.

-Yo he tratado de convencerle de que debía dejar las cosas tal como están. Precisamente estamos examinando la petición de registro de los Echagüe.

-Propietarios de un rancho de mil acres -sonrió MacAdams.

-En efecto. El rancho de San Antonio. El mayor de esta región. Un verdadero imperio. No se puede tolerar que por el simple hecho de que un César de Echagüe acompañara a los capitanes Rivera y Moncada en la fundación de Los Ángeles, se le premiase con la mejor tierra de estos lugares. Precisamente esa tierra, o mejor dicho, ese rancho, lo reclama un buen amigo mío, Lukas Starr, que, por cierto, te conoce. No sé si sus títulos de propiedad son lo bastante claros; pero, desde luego, no lo son mucho más los que presenta el viejo Echagüe, hijo del César de Echagüe de quien te he hablado. Sospecho que el señor Greene, que profesa una amistad excesiva a los Echagüe, se opondrá con toda su fuerza a que la tierra de San Antonio vuelva a sus legítimos dueños, o sea los norteamericanos que la han conquistado. Sería una verdadera lástima que por la interferencia de ese Greene se estropeara el negocio de mi amigo Starr...

-Puede ocurrir un afortunado accidente... -insinuó MacAdams-. No sería el primero que ha resuelto una situación que parecía imposible de resolver.

-¿Un accidente? -repitió Clarke. Se frotó la barbilla y repitió otra vez-: Un accidente. Sí..., puede ocurrir un desgraciado accidente al señor Greene. Un accidente que todos lamentaríamos... Sí, lo lamentaríamos de tal forma que te ruego encarecidamente... No, no te lo ruego, Charlie, te lo ordeno.

-¿Qué ordena, mi general?

-Que reúnas una guardia secreta, o sea un grupo de hombres audaces, hábiles tiradores, decididos, que no pierdan de vista al señor Greene y le protejan de todo mal. No quiero que sobre mi conciencia pese el dolor y el remordimiento de un accidente del que haya sido víctima nuestro querido señor Greene. ¿Comprendes?

-Desde luego. Creo que con unos diez hombres habrá bastante.

-Si son de confianza, sí.

-Hará falta dinero. Unos doscientos o trescientos dólares para cada uno.

-¿Tendrás bastante con tres mil dólares? -preguntó Clarke.

-Yo pondría cinco mil.

-Cuatro mil es más que suficiente.

-De momento, tal vez -sonrió MacAdams.

-Toma.

Clarke abrió un cajón, y de una caja de acero que abrió con una llave sacó ochenta monedas de oro de cincuenta dólares. Tendiéndoselas a MacAdams, advirtió:

-Si al señor Greene le ocurriera cualquier desgracia, no te presentes a mí.

-Puede estar tranquilo, mi general -replicó MacAdams-. Si algo le ocurre al señor Greene, no será, precisamente, un accidente.

-Te advierto que si al señor Greene le ocurriese algo sería implacable con aquel sobre quien recayera alguna culpa.

-Sólo algún californiano podría tener interés en hacer daño al representante del Gobierno de Washington.

-Efectivamente. Sólo un californiano, gente desagradecida e inútil, podría matar al señor Edmonds Greene.

-En cuyo caso...

-Las autoridades militares serían implacables. Un juicio sumarísimo y la horca ante el pueblo.

-Mi general tiene razón. Sólo mostrándonos implacables con estos cochinos californianos podremos imponer nuestra sacrosanta Justicia.

-La Justicia que los Padres de la Patria crearon para todo el pueblo de los Estados Unidos.

Por un momento los dos hombres sonrieron. Luego, el general indicó:

-Puedes retirarte, Charlie.

-A sus órdenes, mi general.

Volvió Clarke a quedar solo y volvió a pasear, pensativo, por la estancia. Al fin se sentó a su mesa de trabajo, abrió un cajón, sacó papel de cartas y, humedeciendo la pluma de ave en el tintero, empezó a escribir.

Pueblo de los Ángeles, 15 de diciembre de 185L

Al Excelentísimo señor Secretario de la Guerra.

Creo un deber advertir a Vuecencia que la llegada del señor Edmonds Greene, delegado por el Gobierno en este territorio, ha sido acogida muy desfavorablemente por la población indígena, especialmente por la de raza blanca. Temo que pueda ocurrirle algún accidente y he dado orden a mis soldados de proteger a dicho señor Greene. Sin embargo, como el delegado del Gobierno insiste en pasear por los barrios indígenas para estudiar los verdaderos motivos de queja que contra nuestra paternal dominación pudieran tener los habitantes de esta población, el peligro a que se expone es constante y quizá ni la guardia que le he concedido sin que él lo supiera podrá salvarle, ya que, por tratarse de un paso dado en secreto y sin la conformidad del señor Edmonds Greene, los vigilantes tienen que ir apartados de él, pues, de lo contrario, si llegase a saber que le protejo, me haría retirar los hombres que cuidan de su seguridad. Las calles están llenas de descontentos, miembros del antiguo ejército californiano, y un disparo a quemarropa o una puñalada a traición podrían terminar con la vida de nuestro querido señor Greene. De todas formas haré lo imposible por protegerle y espero que mis medidas serán coronadas por el deseado éxito...

La carta continuó largamente, tratando de otros y variados asuntos; pero lo principal de ella estaba al principio.

Capítulo II

«Me han dicho que tu vida está en peligro...»

En las orillas del río Porciúncula, un numeroso grupo de gente aguardaba. No era un desembarcadero ideal; pero resultaba el mejor de que podía disponerse en Los Ángeles. El buque esperado había sido visto al amanecer y no tardaría mucho en llegar. Procedía de La Paz y traía, como pasajero más importante, al tercer César de Echagüe. En la familia de los Echagüe, el nombre de César había figurado siempre; pero como esto había ocurrido en la dinastía española, en California se llamaba al nieto del fundador el tercer Echagüe. Al fin y al cabo era el tercero de la dinastía californiana, y allí nadie tenía en cuenta que la familia Echagüe hubiese adquirido títulos de nobleza en la batalla de Calatañazor. Sólo se sabía que los Echagüe eran muy nobles, cosa que se advertía con sólo mirar al viejo César, erguido, firme y recio como una espada toledana. En cambio, los que recordaban al César tercero movían la cabeza y pronosticaban muchos males para la casa de Echagüe.

-La culpa la tuvo su madre -solían decir los mejor intencionados-. Quería una hija, y hasta que la tuvo trató a su hijo como a una niña. Y luego, también.

Cesar de Echagüe había horrorizado a todo el mundo con sus largas melenas, con su sonrisa tímida, con el cuidado que ponía en no pisar los infinitos charcos de agua y fango que se interponían en su camino. Había sido un niño desesperante. Al fin, el viejo César lo envió a Méjico y de allí a Cuba, para que aprendiese a ser hombre. A los veinticinco años, después de larga ausencia, César de Echagüe volvía con los suyos. ¿Cómo? Desde don César hasta el último peón, todos se hacían esta pregunta. Pero la curiosidad principal estaba en Edmonds Greene, novio casi desconocido de Beatriz de Echagüe, hermana del César que iba a llegar, dieciocho años llenos de sol, de belleza y de ese encanto que las españolas arrebataron a las moras y que, a su vez, cedieron a las mejicanas. Acostumbrado a las pálidas *misses* de Washington y Nueva York, no resulta extraño que Edmonds Greene se sintiese atraído por Beatriz. Tampoco es extraño que en unas tierras donde los yanquis eran tenidos por el exponente máximo de la incultura e incorrección, Greene destacara lo suficiente para que Beatriz se fijara en él. Y como se vivían tiempos de grandes cambios y, además, Greene habíase demostrado un gran amigo de los californianos, cuyo idioma hablaba a la perfección, tampoco tiene nada de extraño que el viejo don César consintiera un noviazgo que treinta años antes se hubiera considerado incorrecto y deshonroso. El único pero que opuso fue el de la religión; pero al saber que por su permanencia en Alicante y luego en Malta, Edmonds profesaba la religión católica, el caballero se dio por satisfecho.

Otra de las personas que esperaban llenas de curiosidad era Leonor de Acevedo.

Los Acevedo sólo eran superados en riqueza y poderío por los Echagüe. Leonor era hija única y, por lo tanto, heredera del patrimonio de sus padres. Éstos decidieron, desde que se convencieron de que no podían esperar otro heredero mejor, que Leonor y César se unieran. Al hacerlo se unían dos sangres a cuál más noble, dos fortunas a cuál mayor, y se aseguraba a los futuros Echagüe Acevedo una fortuna inmensa, que admitiría infinitas divisiones.

Leonor de Acevedo era casi alta, de cabello negrísimo, epidermis levemente bronceada, ojos grandes y expresivos, boca pequeña, nariz fina, rostro ovalado y brazos perfectamente formados. Lo demás, oculto por el rico traje, debía de corresponder, forzosamente, a la belleza que se dejaba al descubierto.

Educada a la antigua, Leonor no soñaba ni remotamente en desobedecer a sus padres. El autor de sus días había muerto unos años antes. Su madre era enérgica..., tan enérgica que se impuso a la Comisión que debía reconocer la legalidad de los títulos de propiedad de los hacendados, y no sólo obtuvo el reconocimiento de sus tierras, sino que incluso las aumentó en varios acres más, ya que al hacer la demanda, temiendo que cercenaran en algo sus fincas, declaró poseer más de lo que tenia. Claro que malas lenguas afirmaban que la pasión del general Clarke por la bella Leonor no era ajena a la sumisión de los comisionados. No obstante, era indudable que la energía de la madre pesó mucho en la Comisión.

A pesar de que Leonor, como decimos, no soñaba en desobedecer las últimas órdenes de su padre, y su madre tampoco se lo hubiera permitido, su curiosidad por ver en qué se había convertido el joven César era muy grande y muy justificada. Cuando César y ella jugaban juntos se profesaban un odio tan mortal que difícilmente se puede imaginar. Leonor era una muchacha para quien la audacia era el ideal supremo. «No subas a ese árbol», le había dicho una tarde su madre, al verla ante una vieja higuera. Diez minutos después Leonor caía de lo alto de la higuera, al partirse una rama que ella había juzgado bastante fuerte. No se abrió la cabeza porque ese Ángel de la Guarda que indudablemente protege a los niños debió de tomarla en brazos. Habíase peleado con todos los muchachos de su edad, y aún mayores; tiró a una acequia al que debía ser su novio, le insultó por su cobardía, lo despreció infinidad de veces por preferir la lectura a la acción, los sueños a las realidades. Cuando marchó hacia La Paz le había dicho: «¡Ojalá se hunda el barco y se te coman los caimanes!» No estaba muy segura de si los caimanes eran *peces* de mar o de río; pero, en cambio, estaba convencidísima de que deseaba el total exterminio de César de Echagüe.

Pero César, como esos seres débiles que hallan la fuerza en su propia debilidad -recordemos, si no, la fábula de la caña y el roble-, había sobrevivido a la travesía, a la revolución con que fue recibido en Méjico, a la travesía del Caribe, a las fiebres cubanas y a su propia estupidez. Y ahora, dentro de unos minutos, iba a desembarcar.

Leonor esperaba, sin grandes ilusiones, que su futuro marido volviera convertido en todo un hombre. Y mentalmente repetía los párrafos de la carta recibida un mes antes:

Amada mía. la más amada bajo los rayos diurnos de Helios y bajo su plateado y nocturno reflejo en la ancha y redonda losa de mármol de Selene. Vuelvo a ti después de mucho tiempo de vagar por la preciosa superficie de la tierra. Mi alma, conmovida por nuestro próximo encuentro, eleva un himno de gloria a los Manes supremos que decidieron nuestra unión. Tu recuerdo ha sido la estrella refulgente que ha guiado mis cansados ojos y ha puesto en mis labios la dulzura de la poesía. ¡Cuánto ansío estar bajo tu enrejada ventana! ¡Cuánto anhelo que mi pobre voz eleve hasta ti sus ecos envueltos en melodía! ¡Cuánto añoro la paz de nuestra tierra! ¡Cuánto deseo vivir en apacible dulzura a tu lado, oyendo el tañido de las campanas de San Gabriel, de Santa Bárbara o de San José, nuestras queridas misiones! Tú no sabes, vida de mi vida, amor de mi amor, sueño de mis sueños, ideal de mis ideales, esperanza de mis ilusiones, paz de mi inquietud, agua fresca que ha de calmar mi sed, cómo he vivido sin vivir porque estaba lejos de ti. Ahora vuelvo y creo resucitar de una doloroso pesadilla. Odio a los hombres agitados por la avaricia, por el afán de trabajar, como si el trabajo fuera lo que ha de

elevarnos. Sé que a tu lado, en esa paz, en ese mundo que no conoce las bajas pasiones, mi espíritu recobrará la paz que dejó prendida bajo las palmeras de San Antonio...

-Sospecho que se va a llevar una desilusión -suspiró Leonor-. Y yo también.

Y la joven volvió a fijar en el mar su cansada mirada, esperando, sin esperar, un milagro que sabía imposible.

La curiosidad de Edmonds Greene había abandonado hacía rato al barco que se aproximaba a las playas de California. Beatriz, aprovechando el hecho de que la atención de todos se halla fija en el velero que llegaba, le hablaba animadamente.

-Debes tener cuidado, Edmonds -le decía-. Me han dicho que tu vida está en peligro. Tus compatriotas te odian.

-Recuerda que somos compatriotas -sonrió Greene-. Ahora esta arena es tan norteamericana como la de Boston.

-Quizá nuestros sucesores formen el lazo de unión entre californianos y yanquis -replicó Beatriz-; pero mientras vivamos nosotros seremos extraños a vosotros.

-¿A mí también?

-Para ti no soy ninguna extraña. Ya lo sabes. Te ha admitido mi padre y yo también. Has vivido en España y conoces nuestra manera de ser. Tú no eres extranjero. Además -aquí Beatriz soltó una carcajada-, tú no tienes la culpa de haber nacido norteamericano.

-¿Qué tal es tu hermano? -preguntó Greene, después de apretar fuertemente la mano de Beatriz.

-Yo era muy niña cuando él se marchó; pero sospecho que no es lo que se necesita en estos momentos. Es un muchacho romántico, suave. Adora la poesía y odia la violencia. Mamá lo educó como una niña. Quizá la culpa no sea toda de él.

-En estos momentos los Echagüe necesitarían un hombre enérgico. Una especie de *El Coyote.*

-¿Le conoces? -preguntó Leonor de Acevedo, atraída por la mención de aquel nombre que estaba firmemente grabado en los corazones de todos los californianos.

-Le vi una vez -replicó Greene, volviéndose hacia la novia de don César-. Asaltó la diligencia en que yo venía aquí. En ella viajaban dos vendedores y compradores de tierras. Les despojó de todo el dinero que llevaban encima y luego los hizo azotar por el conductor de la diligencia, que cumplió a las mil maravillas su cometido.

-¿Es un bandido? -preguntó Leonor.

-No es precisamente un bandido; pero si las autoridades americanas lo detienen, le ahorcarán. Está metido desde hace varios años en un juego peligroso. Trata de conseguir por la violencia el respeto de los norteamericanos hacia sus compatriotas.

-¿Es californiano?-preguntó Beatriz.

-Dicen que sí. Tal vez sea mejicano. En todo caso, maneja las armas con una maestría inigualable; es un verdadero centauro, y como le apoya toda la población indígena de la Alta y Baja California, se escurre de las manos de sus perseguidores con una facilidad que se califica de diabólica. Si no estuviera en tan buenas relaciones con los padres de las misiones, creeríamos que es el mismo Satanás.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntó Leonor.

-Parece joven. Viste a la moda mejicana, usa guantes muy finos, que no le impiden manejar el revólver, y, además, lleva el rostro cubierto por un antifaz negro. Sólo se sabe que lleva bigote. Es el único detalle característico en él. Un bigote muy bien cuidado, pequeño, negro. Con el antifaz y el traje forma un conjunto inolvidable.

-¿Le odias? -preguntó Leonor.

-No puedo odiarle; porque si fuese verdad que mata a todos los yanquis, me

hubiese matado a mí. Me desarmó, y al saber cuál era mi misión me devolvió las armas y el dinero y me dijo que me apoyaría, si le necesitaba.

-Parece un personaje de novela -suspiró Leonor-. Es una pena que al fin tenga que caer en manos de los soldados. ¿Tiene cómplices?

-Todo California es cómplice suyo; pero él trabaja solo. Es un coyote solitario.

-¿Es cierto que marca a sus enemigos? -inquirió, ansiosamente, Leonor.

-Sí. Dicen que a todo aquel a quien ataca le deshace de un disparo la oreja izquierda. A aquellos dos hombres los señaló así antes de hacerlos azotar.

-¡Qué romántico! -exclamó Leonor, olvidando el desprecio que sentía por el romanticismo-. ¿Dónde está ahora?

-¿Quién puede saberlo? -replicó Greene-. Suele operar por las regiones de la costa del Pacífico; pero lo hace intermitentemente. Aparece en cualquier sitio entre Trinidad y San Diego. Durante un mes o dos impone su ley y luego desaparece. A veces no vuelve a vérsele hasta cuatro o cinco meses más tarde, cuando ya todo el mundo cree que ha muerto. Si su última aparición fue en Mendocino, la siguiente tiene lugar en San Juan de Capistrano o en San Luis Rey. Más tarde reaparecerá cerca de San Francisco o en Monterrey. Es el bandido generoso de los romances hispanoamericanos. Todo cuanto roba lo reparte entre los pobres, para que puedan pagar los impuestos y conservar sus ranchos. Es un caballero andante que ha sustituido la espada por el revólver de seis tiros. Algún día, California lo considerará uno de sus héroes; pero entretanto se le busca para ahorcarle y han ofrecido cinco o diez mil dólares por su cabeza.

-¿Tanto? -preguntó Leonor-. ¿Y si algún indígena lo denuncia?

-Hubo uno, sólo uno, que lo intentó. Mejor dicho, lo hizo; pero *El Coyote,* advertido misteriosamente, logró escapar hacia Méjico. Al día siguiente, el autor de la denuncia apareció destrozado a cuchilladas. Por lo menos cien indios californianos se entretuvieron sometiéndolo a uno de esos martirios en que tan maestros son los pieles rojas. Fue una lección que todos aprendieron. Nadie más se ha atrevido a denunciar al *Coyote.*

-¿Cuándo se le vio por última vez?

-Hace mes y medio. Descendía hacia aquí; pero nadie le vio llegar. Se rumorea que ha muerto.

-¿De veras? -preguntó, decepcionada, Leonor.

-Siempre que *El Coyote* desaparece se dice que ha muerto. No creo que esta vez los rumores se confirmen mejor que las demás veces. En realidad es el mismo *Coyote* quien hace correr la voz de su muerte.

Ante los ojos de Leonor pasó la bella visión del moderno caballero andante. Se lo imaginó como un Cid armado de Colts de seis tiros, cargando contra la morería, que, en este caso, eran los desagradables norteamericanos que, como plaga de langosta, caían sobre las ricas tierras de California.

De sus ensueños la arrancó el vocerío que saludaba el anclaje del *Santa Inés.* El barco, recogiendo sus velas a la desembocadura del río, acababa de botar una lancha en la cual tomó asiento un hombre alto, joven, vestido como un figurín.

-No cabe duda -suspiró Leonor-. ¡Es él!

En efecto, era el tercero de los Césares de Echagüe trasplantados a California. A juzgar por el cuidado con que se metió en la lancha, por cómo limpió el banco en que se sentó, y por cómo apoyó las manos y la barbilla en el bastón de puño de marfil, era indudable que el heredero del rancho de San Antonio volvía peor de lo que se fue.

Un alto y peludo sombrero de copa protegía su cabeza de los rayos de Helios -vulgo sol-, y sus suspiros debían de estar llenos de poesía o de aburrimiento.

-¡Pobre de mí! -suspiró, también, Leonor-. Sospecho que cuando ese muñeco

vea en lo que está convertido Los Ángeles, saldrá huyendo hacia Méjico.

Luego, al pensar en esta posibilidad, su rostro se animó.

-Quizá sea un bien que huya -murmuró-. Si esto le resultase desagradable... (y yo procuraré que se lo resulte) se marcharía y...

Una amplia sonrisa iluminó el bello rostro de Leonor de Acevedo. Pero era una sonrisa que no presagiaba nada bueno para el viajero que, después de siete años de ausencia, volvía a pisar la tierra que le había visto nacer.

Capítulo III

Escóndete donde no te vea

Al llegar a tierra, César de Echagüe saltó del bote, y, dirigiendo una mirada a su alrededor, hizo una mueca a la tierra de su abuelo y de su padre. Su expresión era de indudable disgusto. Quizás aquel disgusto fuera comprensible en quien llegaba de Méjico y de La Habana, ante el pueblo de menos de dos mil habitantes que se le ofrecía como morada hasta el fin de sus días.

Durante casi un minuto, los que esperaban y el que llegaba permanecieron inmóviles, como estudiándose. El aspecto del tercer Echagüe no podía ser más lamentable, desde el punto de vista de un californiano como su padre. Era un muchacho alto, algo encorvado, de melena abundante, casi femenina, que asomaba bajo el sombrero, rostro afeitado, cuerpo embutido en un ajustado frac verde botella, con chaleco cruzado, blanco y salpicado de flores, chorrera de encajes, pantalón muy estrecho y sujeto bajo la fina bota por una trabilla. Aunque el cutis era muy bronceado -a pesar del sombrero y de las precauciones que se quieran tomar, el sol de Cuba y el de Méjico se imponen-, las manos aparecían completamente blancas y, para conservarlas así, César de Echagüe volvió a enfundarlas en unos guantes de cabritilla.

Por fin, satisfecho del examen a que por su parte había sometido a su padre, a su hermana y a los viejos sirvientes que se agolpaban tras él, avanzó hacia el autor de sus días y, como si saludara a un desconocido a quien le presentaran por vez primera, preguntó:

-¿Cómo le va, papaíto?

Don César se atragantó. Antes de que la ira y la indignación le permitiesen hablar, su retoño volvióse hacia Beatriz, y con sonrisa de conejo inquirió:

-¿Cómo le va, niña?

Luego miró a Greene y preguntó, con un leve destello de curiosidad:

-¿Es el novio oficial?

-Pues... -empezó, asombrado, Edmonds Greene.

-Bien, bien -siguió el joven Echagüe-. Supongo que ya tendremos el gusto de conocernos... ¿Conozco a alguien más por aquí? -preguntó a continuación, mirando, indiferente, a Leonor.

-Es Leonor -presentó Beatriz, que estaba horrorizada de su hermano.

-¿Leonor? -César miró a la joven como se mira a un caballo. Milagro les pareció a los espectadores que no le hiciese abrir la boca para examinarle el dentado-. Esperaba

que fueras igual que de niña; pero me alegra ver que mejoraste.

Apartóse un poco y, moviendo a un lado y otro la cabeza, comentó:

-Perfecta. Una linda imagen. Siento que la inspiración construye una poesía para ti. Labios de coral, mejillas de nácar ligeramente tostado, ojos negros como el azabache, cabello como ala de cuervo...

César de Echagüe empezó a pasear por la playa, con el puño del bastón entre los labios y la mirada perdida en el azulísimo cielo, como si se estuviera inspirando poéticamente. Al fin movió la cabeza y, regresando frente a Leonor, declaró:

-No surge la inspiración; pero ya llegará y podré decirte en rima lo que de momento sólo te puedo expresar en vulgar prosa. Eres bellísima, Leonor. Muy bella. Has superado todas mis esperanzas. Te juro que nunca imaginé que una planta tan... corriente pudiera convertirse en una flor tan hermosa.

-¡Ni yo creí jamás que de mí saliera un engendro como tú! -rugió don César de Echagüe, que al fin había recobrado la facultad de hablar-. Supongo que debes sentirte muy satisfecho de haberme puesto en ridículo, ¿no?

-¡Por Dios, papito! -exclamó, con expresión de horror, el hijo recién llegado-, ¡Qué manera de hablar!

-¡Déjate de papitos y de diablos en dulce! Háblame de tú, llámame padre y escóndete donde no te vea... ni te huela -terminó el anciano, frotándose la nariz-. ¡Hiedes a hembra! ¡Vamos, Beatriz! Y tú, Leonor, perdona que te haya comprometido con ese bicho. Ya hablaremos de ello... contigo y con ese maniquí de mi hijo.

-Perdona, papito; pero debo decirte que te portas muy incorrecta y groseramente. Con esos hablares nunca...

-¡Esos hablares son los de mi padre, los de mi pueblo y los de toda mi raza! -gritó el anciano-. Supongo que para ti resultan extraños. Vienes plagado de melosismos; pero... en fin, no demos un espectáculo más desagradable del que ya hemos dado. Esos extranjeros se sentirán felices al ver con quién tendrán que habérselas cuando yo muera. No esperaba que mi hijo fuera un león; pero tampoco esperaba que fuese un mono presumido.

-¿Qué le pasa a mi padre? -preguntó el joven Echagüe cuando el autor de sus días le volvió la espalda y se marchó acompañado de las dos mujeres y de sus sirvientes.

-El pobre está muy preocupado -replicó Greene, que tampoco experimentaba ninguna simpatía hacia el joven-. Los asuntos no andan muy bien. Las tierras corren el peligro de pasar a manos de otros...

-¿Y qué? Siempre nos quedará lo suficiente para ser los más ricos de Los Ángeles. Mi papá ha sido siempre muy impulsivo. Se precipita a sacar conclusiones, y luego la realidad le demuestra que todo era imaginación-: Yo, en cambio, sigo el adagio árabe que recomienda sentarse a la puerta de la casa y aguardar que pase el cadáver de nuestro enemigo.

-¿Y no sigue el de que vale más estar sentado que derecho y echado mejor que sentado? -preguntó, irónicamente, Greene.

-Lo practico a ratos -contestó César de Echagüe-. Sospecho que nadie me comprenderá; pero... -suspiró profundamente-. En fin, los hombres inteligentes no solemos ser comprendidos con facilidad.

-Eso es muy cierto -asintió Greene, divertido por la manera de ser y de hablar del hombre a quien esperaba tener por cuñado.

Don César de Echagüe habíase alejado ya. Edmonds Greene, tras una breve vacilación, se despidió del joven con un breve «hasta luego», y partió en pos de Beatriz.

Al quedar solo, el muchacho se encogió de hombros. Se disponía a echar a andar

hacia el rancho, cuando un hombre de unos cincuenta años, alto, recio, fuerte, de rostro ingenuo, bondadoso y honrado, acudió hacia él.

-¡Oh, niño César! ¡Pero qué buen mozo nos vuelve!

-¡Hola, Julián! -rió César, abrazando al criado a quien su madre le había confiado casi desde que nació-. Tú no has cambiado.

-No, niño, yo no cambié. Usted...

-¿Es que se ha puesto de moda el usted en California, Julián?

-No, señorito; pero...

-Pero ¿qué, Julián?

-El respeto...

-¿Pero tú vas a respetar al mocoso a quien le cambiaste tantas veces los pañales? ¿Cómo está Rosario?

El rostro del servidor expresó un hondo pesar.

-Murió ya, señorito. La tengo bajo tierra en Monterrey. Ni los médicos del Presidio, ni el padre de la misión de San Carlos pudieron hacer nada por ella. Sólo facilitarle el camino al cielo.

-¡Pobre Rosario! Esperaba encontrarla. Tú y ella sois los únicos capaces de comprenderme, ¿verdad?

-Seguro, niño. No haga caso de su padre. En el mundo no todos somos iguales.

-No, todos no somos iguales -asintió César-. Vamos a casa. Encarga a alguien que vaya a buscar mi equipaje a bordo. Traigo muchas cosas. Hasta un pañolón de China para Rosario. Lo hice pedir a Manila.

-Ella hubiera sido feliz; pero, si el señorito no tiene inconveniente, lo usará Guadalupe. Si fuera otra cosa, se la llevaría a la Virgen de la misión de San Carlos; pero un chal de seda no es cosa para ella.

-No, desde luego; puede usarlo Lupita. Estará hecha una mujer.

-Es lo único que me queda de Rosario. Tiene ya dieciséis años.

-Una mujer. También pensé en ella: unos pendientes de oro y un collarcito de corales.

-El señorito es muy bueno. No debiera hacer tanto por nosotros.

-Después del recibimiento de mi padre, mi hermana y Leonor, me dan ganas de darte a ti todo lo que traigo para ellos.

-No lo haga, señorito César. Su padre es bueno.

-Sí; pero no comprende. Está acostumbrado a las violencias. De todas formas, yo le quiero. Pero ¿no me preguntas qué te traigo a ti?

-Yo no merezco nada, señorito.

-Tú mereces más que nadie. Te traigo una pipa hecha en Inglaterra. ¿Te imaginas lo buena que será? Podrás fumar en ella toda la vida. Y te traigo tabaco para diez años. Y un fusil último modelo como no lo habéis visto nunca aquí. También te traigo un par de pistolas francesas.

Julián movió la cabeza y secóse una lágrima.

-Es usted demasiado bueno, señorito. Yo le comprendo. No haga caso de los demás. El padre dice, como usted, que no tenemos que recurrir a las violencias..., que Dios nos envía todas estas penalidades para probarnos.

-Desde luego, Julián, desde luego. Da la orden para que recojan mi equipaje y vayamos al rancho. Supongo que habrás traído alguna carreta o coche.

-Pero... -El sirviente miró, asombrado, a su amo-. Creíamos... Hemos traído caballos... ¿No recuerda, niño, que todo el mundo viaja a caballo?

-Sí; pero yo no estoy hecho para montar a caballo. No daría dos pasos. Ya sabes que nunca fui buen jinete.

-Pero... no vamos a poder ir de otra forma. No hay carreta, ni coches, ni nada que tenga ruedas. Tendríamos que ir a buscar una al rancho.

-No importa, Julián. Iré a pie. El ejercicio no me sentará mal. Después de tantos días de viaje por mar estoy muñéndome de ganas de pisar tierra firme.

Moviendo la cabeza, el criado dejó que su amo se le anticipara camino del rancho.

-Está todo muy cambiado -dijo César, mientras miraba a su alrededor-. Parece otro pueblo. Hay quien dice, Julián, que esto será algún día una ciudad más grande que Méjico. Quizás exageren. ¿Habéis guardado secreto lo del oro?

-Sí, nadie sabe nada. Esos yanquis se lanzarían sobre el oro como moscas sobre carne corrompida. Su padre no ha querido que se trabajen las minas; pero alguien ha hablado y tratan de quitarle el rancho.

César de Echagüe no hizo más comentarios. Cruzó Los Ángeles mirando distraídamente los grupos de norteamericanos recién llegados que se agolpaban en las tabernas viejas y nuevas, donde realizaban sus negocios entre grandes voces, risotadas y comentarios nada piadosos hacia los habitantes del lugar.

Algunos de los comentarios parecieron ir dirigidos contra el atildado César; pero éste, o no los oyó o hizo como que no los oía, y siguió caminando hacia el rancho, al cual llegó después del mediodía, seguido por Julián Martínez y por dos caballos que parecían muy satisfechos de lo fácil de su jornada.

-¿Por qué llegas tan tarde? -gruñó don César.

Su hijo le miró con expresión asustada y Julián se apresuró a contestar en vez de él:

-Estaba deseoso de caminar y vinimos a pie, mi amo.

-¿Es moda de París? -preguntó, mordientemente, Leonor.

-El caminar es muy higiénico -replicó César-. Vosotros no podéis saberlo.

-La comida está dispuesta -advirtió don César-. Supongo que desearás cambiar de ropa. Si recuerdas dónde está tu cuarto, encontrarás en él tu equipaje. Los peones se molestaron en tomar un atajo creyendo que tus pies tendrían alas. Dentro de media hora comeremos. Procura estar en la mesa.

-Bien, papito. Lo procuraré.

Seguido por una general mirada de abatimiento, César de Echagüe, heredero de un apellido cien veces glorioso, que se había destacado en cien o más batallas durante la reconquista española, que lució igualmente en la conquista de América, en cuyas principales acciones siempre hubo un Echagüe, en cuyo escudo familiar lucía esta orgullosa inscripción: *«De valor siempre hizo alarde la casa de los Echagüe»,* subió lánguidamente por la escalera que conducía a las habitaciones superiores, de donde descendió veintiocho minutos después vestido con un traje gris lleno de adornos, cortado a la moda mejicano-californiana, o sea pantalón ajustado y abierto sobre el pie, dejando escapar abundancia de encajes; chaquetilla corta, con muchos botones y bordados en plata; camisa blanca, de pechera rizada, y corbata negra, que desaparecía dentro de la faja, también gris, que sujetaba los pantalones. Con aquel traje, el heredero de los Echagüe parecía, a la vez, más hombre, más fuerte y más débil. Había dejado de ser el lechuguino ciudadano para convertirse en algo quizá peor.

Durante la comida, a la que asistió Edmonds Greene, el joven hizo una demostración de bien comer que produjo casi un corte de digestión a su padre. Era maravilloso, y enfurecedor a la vez, verle ingerir las cosas más difíciles sin rozarlas con los dedos. Y todo culminó cuando se sirvió el postre, al demostrar, a los asombrados espectadores, que con tenedor y cuchillo es posible mondar una naranja y comerla sin tocarla ni un solo momento con las yemas de los dedos.

Después, mientras servían el café, César de Echagüe puso en práctica, ante las mujeres, una serie de juegos de salón de los que, según dijo, practicaba la alta sociedad cubana.

-¡Me das asco, hijo mío, verdadero asco! -rugió don César, alejándose para no estrangular a su hijo.

Y a Edmonds Greene, que le siguió con una excusa, le declaró:

-Si alguna vez un padre ha sufrido una decepción, ese padre soy yo, señor Greene. Confiaba en que mi hijo sería capaz de sacar adelante la nave de mis intereses en estos tiempos de mares tormentosos. Pero no va a poder ser. Me doy por vencido de antemano.

-No hable así, don César -dijo Greene-. Sabe que cuenta usted con mi apoyo y que mientras yo esté aquí nadie podrá despojarle de lo que es suyo. Hace tiempo que por mediación del cónsul español en Sacramento he enviado a pedir una copia jurada de los documentos que se guardan en el Archivo de Indias. No tardarán más de un año en llegar. Con esos documentos, que demuestran el derecho de los Echagüe a las tierras de San Antonio, nadie podrá quitarles nada.

-Pero si entretanto... -empezó don César.

-Entretanto no harán nada. Los procesos son lentos, y, si no lo fueran, yo me encargaría de que lo fuesen. Tenga la seguridad de que nadie le arrebatará lo que es suyo.

-Pero usted ya sabe el secreto de mis tierras. Lo que hay en ellas. Nunca he querido que se hiciera público; pero algunos criados, soltada la lengua por el aguardiente, pueden haber hablado. Sólo así se concibe ese afán de arrebatarme los terrenos.

-Quizá si hubiera puesto en explotación las minas sería usted lo bastante poderoso para asustar a sus enemigos e impedir que le arrebaten lo que es suyo.

-Me asustan las consecuencias que puede tener el descubrimiento de que en California el oro abunda tanto. De todo el mundo vendrían hombres empujados por el ansia de riqueza. Y no serían los mejores, sino los peores de cada país los que se verterían por estas tierras. Mientras me sea posible no tocaré esos yacimientos de oro.

-No puedo criticarle, ni negar que apruebo su manera de ver las cosas, don César. Y en cuanto a su hijo, no se entristezca antes de tiempo. Quizás aquí cambie. Esto no es Méjico, ni La Habana.

-Donde quiera que se plante una caña, por muy buena que sea la tierra, nunca se convertirá en abeto o en roble. Esta vez, la semilla de los Echagüe ha fructificado en algo que me avergüenza.

Edmonds no se atrevió a replicar. Dejó que el caballero marchara a sus habitaciones y regresó junto al joven César de Echagüe.

Capítulo IV

Odio las luchas y las emociones violentas

En aquellos momentos, el hijo del dueño del rancho estaba diciendo plácidamente:

-Odio las luchas y las emociones violentas. La violencia es destrucción, atraso, salvajismo. Las cosas más bellas del mundo se han hecho suavemente, sin prisa, sin dureza, con melosidad, incluso. Los cuadros más hermosos han sido pintados lentamente, fijándose el pintor en los menores detalles. Leonardo da Vinci pintó *La Gioconda* en un montón de años. Siete u ocho, creo. Lo hizo con el alma llena de paz. En cambio, la destrucción anuló en unas horas la labor de varios siglos, al quemar la biblioteca de Alejandría.

-Sin embargo, César, en estos momentos los verdaderos patriotas tenemos que luchar -declaró Beatriz.

-¿Para qué? -preguntó, sonriendo, el joven.

Al ver entrar a Edmonds Greene le saludó y prosiguió:

-El señor Greene me dará la razón de lo inútil que resulta la violencia. ¿Qué conseguiríamos levantándonos en armas contra los poderosos opresores actuales? Nada. Enviarían tropas, artillería, barcos de guerra, y al fin nos vencerían. En cambio, si nos dejamos dominar, si hacemos lo que ellos quieren, o sea olvidar la sangre caliente que circula por nuestras venas, y nos dedicamos a la poesía, a las artes bellas, a levantar edificios hermosos, a cultivar tierras feraces, acabaremos venciéndoles. Se enamorarán de lo que les ofrecemos, tan distinto de lo que ellos poseen, y no os quepa duda de que dentro de treinta años hablarán español, dirán que California es lo mejor del mundo y se considerarán más descendientes de los españoles de Colón que de los ingleses del *Mayflower.*

-Supongo que eso lo has aprendido en Cuba y en Méjico, ¿no? -preguntó, despectiva, Leonor.

-No. Es una nueva filosofía que se está apoderando del mundo. Es una filosofía lógica...

-Despreciable -interrumpió la señorita de Acevedo.

-Todo lo lógico es despreciable -sonrió César. Luego, encogiéndose de hombros, prosiguió-: Pero eso no impide que lo lógico se imponga.

Recordando sus palabras con Clarke, Greene intervino:

-A los hombres prácticos no se les levantan monumentos. En cambio, todos los idealistas los tienen. O por lo menos los tienen aquellos idealistas más destacados.

César de Echagüe soltó una estrepitosa carcajada.

-Es usted muy divertido, señor Greene. Me va a hacer creer que me dice lo que realmente opina. ¿Es posible que un norteamericano, la raza práctica por excelencia, hable como usted lo hace?

-¿No está de acuerdo conmigo? -preguntó Greene.

-No, desde luego, no puedo estar de acuerdo con una tontería (y perdone la expresión) semejante. Usted dice que sólo los idealistas, o sea los románticos, tienen monumentos. De acuerdo. Sólo ellos los poseen en cantidad suficiente para que se pueda decir que tienen mayoría absoluta. Pero ¿quién ha levantado esos monumentos? ¿Los idealistas? ¡No, por Dios! Han sido los hombres prácticos quienes han puesto las piedras de esos monumentos. A los pocos hombres prácticos que existen en el mundo les conviene la persistencia del idealismo. Sin ese defecto no existiría la virtud del practicismo. Como sin la leña no existiría el fuego. No, no. Reconozco que el romanticismo es necesario; pero entre ser un tonto romántico y un hombre práctico, me

quedo con lo segundo. Dejemos que los idealistas se maten por nosotros. Luego les levantaremos un monumento y así pagaremos su sacrificio. Al fin y al cabo, ellos no piden más.

-¡Hablas como un cobarde! -dijo, indignada, Leonor.

-Tal vez -admitió César-. No pretendo ser un héroe. Es más, prefiero infinitamente más ser un cobarde y estar vivo y disfrutar de la vida, a ser un héroe y tener sobre mi tumba un hermoso mausoleo cubierto de coronas de laurel depositadas por mis admiradores póstumos, que, después de derramar unas lágrimas en mi honor, se irán tranquilamente a comer y a olvidar las emociones del día.

-¡Parece mentira que un californiano hable así! -estalló Leonor-. Mientras otros compatriotas exponen su vida por defender las viejas leyes de nuestra tierra, tú estás dispuesto a pactar con los invasores...

-Puedes ofender al señor Greene -advirtió César.

-No, no me ofende -sonrió Greene-. Yo también soy algo idealista.

-Entonces le doy algo así como veinticuatro o cuarenta y ocho horas de vida -sonrió César, sin pensar que estaba haciendo una trágica profecía-. Sus mismos compatriotas acabarán con usted. Aquí son necesarios hombres prácticos.

-*El Coyote* no es un hombre práctico -siguió Leonor-. Pero algún día los mismos norteamericanos le levantarán un monumento.

-*¿El Coyote?* -preguntó César-. ¿Quién es ese tipo?

-Un californiano que expone su vida por nosotros -contestó Beatriz.

-¿Una especie de vengador del pisoteado honor de California? -preguntó, irónico, César.

-Sí, eso mismo -dijo, duramente, Leonor-, Un hombre que apoya a los débiles contra los fuertes.

-¿Un bandido generoso? -el joven se echó a reír-, ¡Tonterías! Un sinvergüenza que roba diez y dando dos a los pobres se labra un prestigio que le asegura el apoyo de todos los campesinos mientras él se hace rico y marcha a Méjico o a Arizona a gastarse en tequila el producto de sus descarados robos.

-¡No hables así de un hombre a quien no conoces! -reprendió la señorita de Acevedo.

-Conozco la clase, aunque no conozca el sujeto -rió César-. Sé cómo suelen ser esos tipos. Y aun en el caso de que realmente fuera lo que decís, ¿qué importa? Dentro de un año, de dos, o de tres, caerá en manos de un destacamento de la Policía Montada que lo colgará de un álamo para que sirva de alimento a los cuervos. Si luego el árbol lo declaran sagrado y se convierte en lugar de peregrinaje para todos los verdaderos hijos de California, *El Coyote* podrá estar muy satisfecho viendo, desde el Más Allá, cómo se venera su memoria. En cambio, yo estaré muy satisfecho en el Más Acá viendo el árbol y disfrutando de su sombra treinta o cuarenta años más que *El Coyote.*

-Señor Echagüe -intervino Greene-. Estoy en su casa y no puedo abusar de las leyes de la hospitalidad. Admiro a su raza, porque he vivido entre ella mucho tiempo y reconozco sus virtudes y sus defectos. No puedo apoyar al *Coyote,* porque sus ataques se dirigen, principalmente, contra mis hermanos; pero si fuese hijo de California, mi admiración por él no conocería límites.

-¿Es usted amigo particular de ese misterioso bandido?

-¿Por qué dice que es misterioso?

-Porque supongo que nadie le conoce. Lo de llamarse *El Coyote* es una añagaza para ocultar su identidad, y si a pesar de todo se le conociera, estaría ya detenido. ¿Ha hablado usted con él?

-Una vez. Asaltó la diligencia en que yo iba y se portó muy cortésmente con-

migo.

-¿De veras? Me extraña que siendo usted, según dice Julián, algo así como el representante particular del presidente de los Estados Unidos, *El Coyote* no le hiciera picadillo. Es más; si yo fuera el señor Clarke, ese general a quien todos los californianos odian (también eso me lo ha dicho Julián, que le odia más que nadie), yo sospecharía de usted, señor Greene.

-¿Por qué sospecharía de mí?

-Por una serie de razones muy sencillas. Usted es norteamericano. Sin embargo, habla muy bien del *Coyote.* Dice que ha sido asaltado por él; pero que, portándose muy caballerescamente, no le robó nada. Supongo que deben de existir testigos del suceso, ¿no?

Greene se turbó perceptiblemente.

-Pues no..., ya no existen.

-¿No? -César sonrió burlonamente-. Es una verdadera lástima. ¿Por qué no existen? ¿Iba usted solo?

-No. Viajaba en una diligencia con otros dos hombres. Dos canallas a quienes *El Coyote* despojó de cuanto llevaban.

-Entonces esos dos testigos pueden apoyar su declaración.

-No pueden.

-¿Porqué?

-Porque murieron dos días más tanta en una riña provocada por una partida de naipes.

-¡Qué dolor! ¿Y murieron los dos?

-Si. Fue en la siguiente parada, en el fuerte Keaton. Fueron sorprendidos haciendo trampas. Querían recuperar el dinero que les quitó *El Coyote,* y sus compañeros de juego los mataron.

-¡Qué oportunos, señor Greene! Pero antes de morir dirían a alguien que £1 *Coyote* les había asaltado.

-No. No se lo dijeron a nadie. Incluso me pidieron a mí que no lo dijese.

-¿Por qué tanto misterio?

-Porque si se sabía que *El Coyote* les había robado, nadie les concedería ningún crédito y, estando sin dinero, sólo podían fiar en el crédito.

-Y en su habilidad con los naipes, ¿no?

-Desde luego.

-Con lo cual se perdieron dos valiosos testigos; pero le queda otro que podrá jurar que presenció el asalto. Me refiero al conductor de la diligencia.

-Tampoco puede declarar -contestó, visiblemente molesto, Greene.

-¿Murió también? -sonrió César.

-Sí. En un ataque de los indios a su diligencia fue muerto...

-Sin haberle dicho a nadie que *El Coyote* había asaltado su coche, ¿no es cierto?

-¿Por qué iba a decirlo, si *El Coyote* no robó nada de lo que llevaba? Ni siquiera el correo.

-Es natural. No se me había ocurrida una explicación tan sencilla. En fin, no quiero molestarle más con mis insinuaciones, señor Greene, muy buenas tardes. Subo a acostarme un rato. Me he viciado a dormir la siesta, y sin unas horas de sueño por la tarde no podría vivir. Adiós, Beatriz; adiós, Leonor. Luego te veré. Ahora estoy profundamente muerto de sueño.

Ahogando un bostezo con la palma de la mano, César de Echagüe se levantó y, con paso torpe, dirigióse hacia la escalera que conducía a las habitaciones.

Al entrar en su cuarto encontró a Guadalupe Martínez, que le estaba terminando

de arreglar la cama.

-¡Hola, pequeña...! -le dijo-. ¿Cómo te encuentras?

-Muy bien, señorito -contestó la muchacha, dirigiendo una mirada de profunda admiración al hijo de don César.

-Se te nota -replicó el joven-. Estás muy linda. Debes tener los novios zumbando a tu alrededor como moscones en torno a un plato de miel.

-No, señorito -replicó la muchacha, bajando los ojos-. No salgo apenas.

-Mal hecho. Una chiquilla tan linda debiera salir y dejar que el mundo entero gozase con su belleza.

-El señorito es muy galán y amable.

-No, no. Soy justo.

-Termino en seguida y el señorito podrá acostarse.

-Gracias. Tengo bastante sueño. ¿Te gustaron las cosas que te traje?

-Mucho, señorito. Fue usted demasiado bueno. Yo no merezco tanto.

-Sí, sí, mereces mucho más.

-¿Cómo podré pagarle su bondad?

-¿Está ya la cama, Lupe?

-Sí, señorito. Ya está.

-Entonces puedes pagarme con dos inmensos favores.

Mientras hablaba, César de Echagüe se había dejado caer en la enorme y mullida cama de columnas. Apoyó la cabeza en la ancha almohada y, levantando un pie, rogó:

-Quítame los zapatos y me harás el primer favor. En estos momentos me considero incapaz de inclinarme. Y luego entorna la ventana, procura que no entre el sol y cierra la puerta con todo cuidado. Y te quedaré eternamente agradecido si me haces un tercer favor.

-¿Cuál, señorito? -preguntó Guadalupe, mientras le quitaba los elegantes zapatos a César.

-Puedes decirle a tu padre que a las seis y media suba a despertarme. Quiero hablar con él. Adiós, Lupita. No olvides lo que te he encargado. Me interesa mucho conseguir de tu buen padre que me traslade a una habitación menos alta que ésta. No concibo el interés de los hombres en hacer escaleras, y mucho menos en subir por ellas. Supongo que a ti también te debe de molestar el subir escaleras, ¿verdad, Lupita?

-Para mí no tiene importancia el subirlas, señorito -replicó la joven-. Mi deber es trabajar y no me importa el tener que subir algunas escaleras.

-Tú eres joven -suspiró César-. La juventud siente deseos de gastar las fuerzas que la Naturaleza le ha prestado; pero eso es una tontería muy propia de la juventud, que siempre es tonta, pues hace lo que no debiera. Yo soy joven; pero he aprendido a portarme como un viejo. Ésa es la suprema sabiduría.

-Si el señorito lo dice...

-Claro que lo digo yo. He estudiado mucho y sé decir cosas de sentido común. Pero te estoy aburriendo. Adiós, dile a tu padre que suba. Me interesa que no te olvides.

-No tenga miedo, señorito. No lo olvidaré. ¿No desea nada más?

-No, creo que no deseo nada más. ¿Hay agua en la jarra?

-Sí, señorito; la llené en el pozo antes de dejarla sobre la mesita de noche. Está envuelta en un paño mojado y conservará la frescura hasta que el señorito despierte. También hay azúcar, por si la quiere dulce.

-Lupita, eres una joya. Es una lástima que esté enamorado de Leonor. Si no, me casaría contigo.

-El señor bromea -murmuró Lupe, inclinando la cabeza.

-Sí -murmuró, con soñolienta voz, César-. Bromeo. Tienes razón. Pero, no

obstante, eres muy buena, muy linda y... no sientes odio contra mí. En cambio, Leonor lamenta infinito mi supervivencia a esos años pasados lejos de casa.

-La señorita Leonor también le quiere, señorito.

-No. Sospecho que está enamorada de ese bandido generoso que llaman *El Coyote.* En fin, si ella se decide a enviarme al diablo, pediré a tu padre que te case conmigo.

-¡Cómo le gusta al señorito bromear con una pobre muchacha como yo!

Estas palabras de Guadalupe no debieron de ser oídas por César de Echagüe, de cuyos labios brotaba una especie de suave ronquido. La joven se acercó a la cama y por un momento estuvo contemplando las serenas facciones del durmiente; luego, acariciando los zapatos, que aún conservaba en las manos, se inclinó a dejarlos junto al lecho y con dos lágrimas temblando en las pestañas abandonó suavemente la estancia.

Capítulo V

Has matado al señor Greene...

Después de cenar en el rancho, Edmonds Greene se despidió, tras un largo y privado coloquio, de Beatriz de Echagüe. Luego entró en el salón, donde bostezaba César de Echagüe, y murmuró:

-Buenas noches.

-¡Oh! Buenas noches, futuro cuñado -replicó el joven-. Por cierto que llega en buen momento. Sin querer pecar de grosero, debo exponer mi sospecha de que Leonor, mi prometida, aquí presente, y que, por cierto, se muestra muy aburrida de mi compañía, está enamorada del *Coyote.* ¿No es cierto, Leonorín?

Leonor de Acevedo dirigió una fulminante mirada a su novio.

-No creo necesario contestar a una estupidez y a una grosería.

-Eso demuestra lo acertado de mi sospecha -siguió César, sin mostrarse ofendido.

-Perdone, don César -dijo Greene-. Tengo...

-¿Tiene prisa? Bien, no le entretendré más de un minuto o dos. Usted, querido cuñado en ciernes, es un sospechoso ideal.

-¿Trata de burlarse de mí?

-¿Burlarme de usted? ¡No, por Dios, nunca se me ocurriría semejante cosa! Yo no puedo burlarme de mi futuro cuñado; pero debo asegurar mi felicidad y, con ello, la perspectiva de entrar en posesión, aunque sólo sea como propietario consorte, de la fortuna representada por el importante rancho de los Acevedo.

-¿Qué pretende? -preguntó Greene.

-Pues, sencillamente, pretendo demostrar que existen un sinfín de posibilidades de que sea usted el famoso *Coyote.*

-¿Qué estás diciendo? -protestó Leonor.

-Sí, parece imposible; pero... he interrogado a Julián y me ha dicho que *El*

Coyote es un caballero que va enmascarado, que viste a la mejicana y que maneja el revólver como un... como un norteamericano.

-¿Y porque maneja bien el revólver sospecha usted de mí?

-No sólo por eso. Pero lo de ir enmascarado es propio de los anglosajones. En Inglaterra aún recuerdan algunos las hazañas del famoso Dick Turpin, jinete enmascarado. Nosotros no tenemos enmascarados así entre nuestros bandidos famosos. Y que yo sepa, son muy pocos los mejicanos que saben manejar bien un revólver. Siguen aferrados a las pistolas, al lazo y al cuchillo. El revólver de seis tiros es invento yanqui...

-¿Qué te propones con eso? -gritó, pálida de indignación, Leonor.

-Nada; recordarte, simplemente, que si el señor Greene es, como sospecho, *El Coyote,* no pienses más en él, pues está enamorado de Beatriz.

-Caballero -intervino Greene, que estaba también muy pálido-, lamento infinito que mi amor por su hermana ate mis manos, impidiéndome responderle como su impertinencia merece. Además, también el estar en su casa me impide portarme como me portaría.

-No se moleste en seguir -replicó César, bostezando ruidosamente-. Sé que me encuentra despreciable y un sinfín de cosas más; pero no puede machacarme le sesos porque entonces mi hermana no se casaría con usted. Tenga la seguridad de que si no fuese por eso yo tampoco le habría hablado como lo he hecho. Ya le dije que soy hombre práctico y sé cuándo puedo portarme como un gallito o como un conejo. En fin, usted debe de tener mucha prisa y yo no tengo ningún interés en retenerle. Buenas noches, señor Greene.

Leonor se puso violentamente en pie.

-Señor Greene -pidió-. Le ruego que tenga la bondad de acompañarme a mi casa. No tengo ningún interés en seguir ni un minuto más aquí.

-A sus órdenes, señorita Acevedo.

Greene ofreció su brazo a la joven que, dirigiendo una indescriptible mirada a su novio, le volvió la espalda y, apoyándose en Greene, salió del salón, seguida por una burlona sonrisa de César de Echagüe. Éste, al quedarse solo, se acomodó mejor en el sillón en que estaba sentado, acercó otro y, apoyando los pies en él, se quedó profundamente dormido.

Así le encontró una hora más tarde su padre, que de un puntapié apartó el segundo sillón, despertando violentamente a su hijo.

-Si tienes sueño, acuéstate -le dijo-. No creo que tu presencia sea muy necesaria.

-Creo que tienes razón -sonrió César-. Me acostaré.

Ya iba a salir cuando, volviéndose hacia su padre, anunció:

-Le he pedido a Julián que traslade mis cosas al dormitorio de tío Joaquín. Está en la planta baja y me ahorra el subir escaleras. ¿Te importa?

-No -gruñó don César-. No me importa nada de cuanto hagas o dejes de hacer. Cuanto más lejos te tenga, mejor.

-Gracias, papito; eres muy amable.

Don César no replicó. Fue hasta la chimenea, sobre la cual se veía el retrato al óleo de un oficial del Ejército español vestido a la moda del reinado de Carlos III. Era el primer César de Echagüe instalado en California. El retrato había sido pintado con mano ingenua; pero, ya fuese casualmente o debido a un arranque de genio, el artista había sabido reproducir la firmeza de la mirada de aquel hombre que había acompañado a Portolá, a fray Junípero Serra y a todos los primeros conquistadores de California en su peligrosa empresa.

-Todo se termina -murmuró don César, con la mirada fija en la imagen de su padre-. Tú soñabas con un eterno imperio nuestro, y ni California es de nosotros, ni mi

hijo es digno nieto tuyo.

Suspirando, don César fue a sentarse en un sillón, con la mirada fija en las llamas que se agitaban en la chimenea devorando los amontonados troncos.

* * *

Por dos veces, durante el breve trayecto hasta el rancho de los Acevedo, Edmonds Greene creyó observar que alguien le seguía. Su mano se aseguró de que el revólver de seis tiros estaba en su funda y a punto de ser empuñado.

Cuando tomó el camino que conducía directamente al rancho de los Acevedo, ya no volvió a ver las sombras. Aunque convencido de que todo había sido imaginación suya, al dejar a Leonor en su casa, Edmonds, en vez de volver por el mismo sitio, tomó por el sendero que bordeaba la vieja acequia, y, guiado por aquel reflejo, alcanzó la carretera principal al norte de Los Ángeles, descendiendo a la población después de dar un largo rodeo.

Hospedábase en la Posada Internacional, cuya planta baja estaba destinada a bar o taberna, que era, al mismo tiempo, punto de reunión de cuantos llegaban a Los Ángeles, por cualquier motivo de negocios.

Dejando su caballo en manos de un palafrenero, que lo condujo a la cuadra, Greene entró en la sala de la taberna. Nervioso aún por la escena de una hora antes, acercóse al mostrador y pidió un *whisky* doble. No solía beber licores fuertes; pero en aquellos momentos estaba convencido de que lo necesitaba.

Mientras bebía observó la discusión entre Telesforo Cárdenas y Lukas Starr, uno de los hombres a quienes más odiaba Greene por el despojo sistemático que estaba realizando en las pequeñas propiedades de los rancheros humildes. Telesforo Cárdenas era uno de esos pobres hacendados cuyo ranchito producía escasamente para que el hombre pudiera ir viviendo.

-Te digo que si vendes te pagaré quinientos dólares en oro -decía Starr-. Es una buena suma.

-Pero, señor Lukas -protestaba Telesforo-. Yo no quiero vender. Ahora he comprado una mula. Podré trabajar mejor la tierra. Mi rancho da cada día más. La cosecha de este año me valdrá cuatrocientos dólares. Ahora cultivaré hortalizas; se venden muy bien en el pueblo. Yo no quiero vender.

-Piensa que valen más quinientos dólares que nada -advirtió Starr-. Si no aceptas por las buenas tendrás que ceder por las malas.

-¡Pero, señor Lukas! -exclamó el californiano-. ¿Por qué insiste usted en que venda?

-Porque si no vendes tendrás que ceder por la fuerza.

-Mi rancho está reconocido. Se me ha confirmado su propiedad. Los jueces americanos me dijeron que era mío. Me dieron unos papeles y me encargaron que no los perdiese, porque en ellos estaba la confirmación de que el rancho era mío, como lo fue de mi padre y de mi abuelo, que vino como soldado y porque le hirieron los indios le pagaron con esas tierras.

-Me tiene sin cuidado lo que hiciese tu abuelo -replicó Starr-. Quiero el rancho y te doy quinientos dólares por él. Si quieres evitarte disgustos, acéptalos y marcha a trabajar como peón en otro rancho.

-Pero, señor Starr, ¿por qué insiste usted tanto?

-Porque te aprecio, Telesforo. Vende o, de lo contrario, los jueces te dirán que el rancho no es tuyo y que se equivocaron al concedértelo.

Edmonds Greene avanzó hacia los que discutían.

Lukas Starr era un hombre de rostro rojizo, aspecto patibulario, manos fuertes y enormes. A su lado, Telesforo Cárdenas, menudo, débil, tembloroso, parecía un enano.

-Oiga, Starr -intervino Greene, obligando al norteamericano a volverse violentamente-. Deje tranquilo a Cárdenas. Los jueces fallaron bien su caso y...

Sus palabras fueron interrumpidas por dos detonaciones casi simultáneas. Greene lanzó un gemido de dolor y llevóse las manos al pecho, a la vez que una nube de sofocante humo de pólvora ocultaba casi a los tres hombres. Cuando se disipó, vióse a Greene de rodillas en el suelo y, junto a él, a Lukas Starr y a Telesforo Cárdenas, en cuya temblorosa mano se agitaba una pistola de dos cañones. Durante unos segundos nadie pareció comprender lo ocurrido. Luego, el ruido producido por el choque del cuerpo de Edmonds Greene sobre el entarimado semejó despertar a todos de su inacción. Lukas Starr echó mano al revólver de seis tiros que llevaba en la funda que le colgaba al cinto. Telesforo Cárdenas miró lo que sostenía su mano y al ver la pistola lanzó un chillido y soltó el arma, mientras Lukas Starr gritaba:

-¡Has matado al señor Greene!

Por un momento pareció que iba a disparar sobre él; pero luego, guardando la pistola, se precipitó sobre el californiano y le descargó dos violentos puñetazos contra el rostro, derribándole al suelo, junto a Edmonds Greene.

-¡Le ha asesinado! -exclamó-. ¡Avisad a los soldados!

Debían de haber sido ya advertidos, pues un momento después un sargento, seguido por seis soldados con fusiles y bayoneta calada, entraron en la Posada Internacional.

Unos minutos más tarde presentóse el general Clarke, quien ordenó:

-Trasladad el cadáver a la habitación que ocupaba. Y llevad al preso al Fuerte Moore, para que se le juzgue inmediatamente.

Telesforo Cárdenas, aún asombrado por lo ocurrido, que él se explicaba menos que nadie, pues jamás había poseído otra arma que un viejo mosquete propiedad de su abuelo, y al cual toda la familia profesaba un respeto rayano en la veneración y el temor, fue conducido al fuerte entre los seis soldados. Ni por un momento se atrevió a protestar declarando su inocencia. Se hallaba convencido de que los extranjeros estaban muy acertados al acusarle. Desde el momento en que ellos decían que él era un asesino, indudablemente debían estar en lo cierto.

Edmonds Greene fue conducido a su habitación. Una vez en ella, con profundo asombro por parte de todos, se comprobó que, aunque su herida era grave, no estaba muerto aún.

Fue llamado el doctor García Oviedo, cirujano del antiguo Ejército de California, que al terminar la guerra continuó civilmente su profesión en el pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles, donde trabajaba diez veces más que el doctor yanqui.

-Es un milagro -dijo, después de examinar al inconsciente herido-. Las dos balas han rozado casi el corazón. Parece imposible que una de ellas no lo haya atravesado.

Desinfectó las heridas, requirió la ayuda de varios de los clientes de la taberna, y con una destreza maravillosa extrajo una de las pesadas balas. La otra había atravesado limpiamente el cuerpo de Greene.

Durante toda la noche, el doctor permaneció junto al herido, velando su inquieto sueño y vigilando que no se produjese la temida hemorragia.

Al amanecer llegó Beatriz, acompañada de varios criados que traían finas sábanas de hilo, comida suficiente para alimentar a un regimiento y que el doctor rechazó sonriente, encargando que se cuidara mucho la limpieza y que se le avisara al menor síntoma de hemorragia.

Cuidando al herido quedaron varios criados. Beatriz regresó al rancho antes de

que se levantara su padre.

Cuando don César supo lo ocurrido, su reacción fue inmediata:

-Hay que traerlo aquí -declaró-. No puede permanecer en la posada.

El doctor García Oviedo, que fue llamado para decidir sobre lo prudente o imprudente del traslado, movió la cabeza.

-No sé -dijo-. Yo no lo recomendaría. Sin embargo, allí tampoco está bien. Quizá si lo trajeran en una camilla, con mucho cuidado...

-No se preocupe, doctor; mis peones lo traerán como si fuese un vaso de agua lleno hasta los bordes. Y ahora, dígame doctor, ¿cree que fue Telesforo quien le hirió?

El cirujano encogióse de hombros.

-Carece de lógica que Telesforo hiciese una cosa semejante; pero ese Lukas Starr lo puso fuera de sí. Tal vez quisiese matar a Lukas Starr y en vez de ello hirió a Greene.

-Eso demuestra lo prudente que es no entrometerse en los asuntos ajenos -declaró el joven Echagüe, interviniendo en la conversación, que había estado escuchando desde uno de los sillones-. Si Greene no hubiera querido hacer de redentor, nadie le habría metido un par de balas en el cuerpo.

-Haz el favor de callar -interrumpió don César.

Su hijo encogióse de hombros y volvió a su asiento.

-Como quieras, papá; pero no puedes negarme que tengo razón.

-¿Qué dicen los testigos? -preguntó don César.

El cirujano movió la cabeza.

-Sus declaraciones son contradictorias. Casi todos los norteamericanos que estaban en el local afirman que vieron a Cárdenas sacar la pistola y disparar sobre Greene. En cambio, los californiano declaran que Cárdenas no llevaba ningún arma encima y que el disparo lo hizo uno de los hombres de Lukas, que se encontraba detrás de Telesforo mientras éste discutía con Starr.

-Entonces..., quizás el cómplice de Starr trató de matar a su jefe -sugirió don César.

-Eres ingenuo, papá... —dijo, desde el sillón, César-. Lo más lógico es suponer que quisieran matar a Greene y cargarle las culpas a Cárdenas.

-Pero ¿cómo iban a suponer que el señor Greene llegaría tan oportunamente para sus planes? -preguntó el médico.

César de Echagüe encogióse de hombros. Durante unos momentos su atención pareció vagar por el limbo. Luego volviendo a la tierra, contestó:

-Con que alguien que le viera llega avisase a Lukas, había bastante. Si Greene se hospedaba en la Posada Internacional, era lógico que pasara por la taberna que ocupa toda la planta baja. Y oyendo discutir a un californiano a quien se amenaza con despojar de lo que es suyo también era lógico suponer
que un hombre que tanto admira a los que llevamos sangre californiana en las venas acudiera en defensa de la víctima propiciatoria.

-Entonces..., eso sería un plan preconcebido -gruñó el doctor García Oviedo-. No me parece mal supuesto, señor Echagüe. Creo que ha dado usted en el clavo, aunque no comprendo quién puede haber tramado una cosa semejante.

-Yo sospecharía de ese Starr, y si alguien le apoya... ¿Quién le apoya, papá?

-Es amigo del general Clarke -replicó, casi contra su voluntad, don César.

-Entonces yo sospecharía del general Clarke. Por cierto, ¿qué ha sido de nuestro buen Telesforo?

-Está detenido y mañana o pasado le juzgarán.

-¿Por qué no le han juzgado ya? -preguntó César.

-Porque esperan a que el señor Greene muera o se cure.

-¿Para pedirle pena de muerte o no? -inquirió el joven.

-No; en realidad, de todas formas, lo condenarán a muerte; pero si el señor Greene muriese, lo fusilarían, y si no muere, lo ahorcarán.

-¿Y por qué la diferencia?

-No sé. Dicen que si se trata de un asesinato, interviene el fuero militar, y si sólo es un atentado contra un representante del Gobierno, interviene el fuero civil. En el primer caso lo fusilan los soldados. En el segundo, lo ahorcan unos cuantos paisanos que se ofrezcan voluntariamente.

-Pero si lo juzgan civilmente, el juez, que es californiano, no le condenará.

-No, de todas formas lo juzgará un tribunal militar; pero si se trata sólo de un intento de asesinato, el tribunal militar, después de condenarlo a muerte, se lo cederá al *sheriff* de Los Ángeles para que se encargue de eliminarlo.

-No lo entiendo -suspiró el joven-. Debe de ser una cosa muy lógica. Pero si pensáis traer aquí a mi futuro cuñado quizá fuera conveniente que os hicierais rodear por un grupo bastante numeroso de jinetes. Pudiera ser que mientras vosotros lleváis al herido como si fuera uní copa llena de agua, a alguien se le desboque a tiempo el caballo y se precipite encima de la camilla y el vaso de agua se vierta por completo y, además, a rompa.

El doctor miró, asombrado, al joven Luego se volvió al dueño de la casa y declaró:

-Usted, don César, podrá creer que su hijo es tonto; pero yo opino que, de todos los californianos, es el más sagaz.

Ahogando un bostezo, César de Echagüe, replicó: ,

-No pierda el tiempo tratando de convencer a papá, doctor. Él cree firmemente que soy algo así como un mulato en una familia de rubios. Si no fuese porque no puede dudar de mamá y porque me parezco al abuelo, declararía que no soy hijo suyo.

-¡Calla! -ordenó don César-. No aumentes con tu desvergüenza el dolor que me produce el ver cómo te portas. Espero que, al menos, acompañarás a tu hermana a recoger al señor Greene.

-Es una tontería que me moleste pero, si crees que de esa forma puedo hacer algo, iré con Beatriz.

Poniéndose en pie, se desperezó y llamó: ;

-¡Julián!

El criado entró al momento.

-Oye -pidió César-. ¿Ha llegado ya el caballo de que me hablaste?

Julián dirigió una inquieta mirada hacia don César.

-Sí, señorito -murmuró-. Llegó esta mañana.

-¿Y crees que no le habrá picado ninguna mosca mala?

-Sigue tan manso como puede serio un animal tan viejo.

-¿De qué caballo hablas? -preguntó don César.

-De *Lucero,* mi amo.

-¿Y qué vas a hacer con él?

-Niño César lo quiere montar.

El anciano volvióse hacia su hijo.

-¿Es que deseas aumentar mi ridículo presentándote en el pueblo montado en semejante animal?

César de Echagüe encogióse cansadamente de hombros.

-Yo preferiría ir en carretilla; pero Julián me dijo que *Lucero* aún estaba vivo y que ni pinchado por todas las espuelas del mundo es capaz de arrancar al trote.

Tratándose de ir en busca del señor Greene es conveniente que todos montemos caballos mansos.

-¡Pero montar el caballo que ya era viejo cuando tu hermana aprendió a cabalgar...! En fin -don César encogióse también de hombros-. No vale la pena discutir contigo.

-Déjele -aconsejó el médico-. Al fin y al cabo es preferible que le vean montando a *Lucero* que tendido en una carreta llena de paja.

Suspirando muy hondo, César replicó:

-Ése era mi ideal; pero lo han echado por tierra. Anda, Julián, ponle a *Lucero* una silla bien cómoda y dale de comer; no vaya a suceder que por llegar antes a la cuadra se le ocurra emprender el trote.

Capítulo VI

Procura matar a César de Echagüe

El general Clarke fumaba un negro, largo y retorcido cigarro, más parecido a un sarmiento untado de brea que a un producto de las vegas virginianas.

Frente a él, acomodado en un sillón, con los pies sobre el escritorio, Lukas Starr fumaba un cigarro hermano del que convertía en maloliente humo el general.

-Salió bien la cosa; pero no todo lo bien que debía haber salido -decía Clarke.

Starr lanzó al techo una columna de apestoso humo.

-Mi hombre disparó perfectamente. El doctor dijo que fue un milagro que una de las dos balas no perforase el corazón.

-Pero el milagro se ha producido -refunfuñó Clarke-. Y Greene sigue con vida. Hay que hacer algo. Por eso te llamé, en vez de confiar en Charlie MacAdams.

-Tu asistente me dio tus órdenes y lo dispuse todo para que el trabajo se hiciera bien.

-Pero se hizo mal.

De nuevo Starr lanzó al techo el humo de su cigarro.

-Es una de esas probabilidades en contra que el hombre se ve obligado a prever en todos los asuntos peligrosos. Otra vez se hará mejor.

-No podemos repetir el ataque contra Greene. ¿Quién cargaría con las culpas"

-Nadie. El azar. La casualidad...

-Ésos ya han intervenido una vez. Fueron el azar y la casualidad los causantes de su herida.

-Y de su salvación.

-¿Qué plan tienes?

-¿Sabes que del rancho de San Antonio vendrán a buscar al herido? Piensan trasladarlo allí.

-¿Y qué?

-Nada. Un viaje largo... Un caballo desbocado... Si el herido cayese por tierra...

-¿Una hemorragia?

-Seria terrible. El infeliz Greene desangrándose...

-¿Cómo sabes que vendrán a buscarlo?

-Tengo oídos en el rancho de San Antonio.

-Entonces, ¿es seguro?

-Sí. El pequeño Echagüe dirigirá el traslado.

-Eso te ofrece una oportunidad ideal para librarte de un obstáculo y librarme a mí de otro.

-Sí. Por ejemplo, podría ocurrir que alguien tropezara con César de Echagüe, le insultara, le obligase a empuñar un arma y, en el tiroteo, matarle y herir a alguno de los que lleven la camilla en que bajarán a Greene. Quizá no sea necesario ni siquiera herir a nadie más, pues lo más probable es que suelten la camilla y salgan huyendo. Si falla eso podemos preparar, además, lo del caballo desbocado.

El general Clarke se paseó nerviosamente por la estancia, echando bocanadas de humo.

-Será demasiado visto -dijo-. Sin embargo, es una buena oportunidad. Leonor de Acevedo no se muestra demasiado esquiva. Quizá me fuera fácil calmar su pena por la muerte de su prometido...

-Y, de paso que tú te casabas con el rancho Acevedo, yo podría coger un buen bocado del rancho San Antonio. Muerto el heredero de los Echagüe, desaparecido el defensor de la familia, teniendo que luchar sólo con un viejo... Creo que sería fácil.

-No es mala idea -admitió Clarke-. Lamento que el golpe contra Greene no tuviera un éxito más completo; pero ya que es necesario repetirlo, hazlo y procura matar a César de Echagüe. Desde luego, así el camino será más fácil. Tendremos que darnos prisa.

-Ya está todo dispuesto -sonrió Starr-. Supuse que no tardarías en vencer tu repugnancia y te convencerías de que lo mejor es seguir mi plan.

-¿A quién se lo has encargado?

-No te preocupes. Está en buenas manos.

-Debes obrar con cautela. Anda por la ciudad una mujer que, según dicen, prepara un libro sobre nosotros.

-¿Sobre quién?

-Sobre lo que sucede aquí. Asegura que esto es indignante y que escribirá una novela denunciando nuestros atropellos. Se trata de una tal Elena Hunt Jackson[2], y si el libro llega a publicarse puede ocasionar disgustos.

-No hay nada como impedir que se publique.

-Con una mujer no podemos utilizar los mismos métodos que con los hombres.

-Cuando disparo sobre un coyote no miro si es hembra o macho.

-¿Un coyote? -Clarke había palidecido-. ¿Por qué lo nombraste?

-¿A quién?

-Al *Coyote.*

-No lo he nombrado. He hablado de un coyote; pero no de ése en particular. Me refería al normal... Además, ¿vas a decirme que tienes miedo de ese enmascarado?

-No sé... -Clarke vaciló-. No estoy tranquilo. En la California del Norte ha hecho cosas que...

-¿Temes que venga por aquí?

-Hace meses que no se sabe de él.

-Pueden haberlo matado.

-Se habría sabido. Una noticia semejante hubiera circulado por toda California.

[2] Autora de *Ramona.*

-No, si murió entre sus amigos. Ellos preferían hacer creer que aún vive y que de un momento a otro puede reaparecer.

-Eres muy optimista. Envidio tu esperanza.

-Aunque *El Coyote,* si es que existe, apareciese por aquí, lo tenemos todo lo bastante bien organizado como para que no pueda hacer nada. En San Francisco, donde no existe ningún orden, pueden ocurrir cosas que en Los Ángeles están prohibidas. Y no hablemos de ese *Coyote.* Al fin y al cabo, nadie le ha visto. Puede que sólo sea una figura de leyenda. Más de preocupar es esa escritora.

-No emprendas nada contra ella. Antes de que termine de escribir su libro y de que se publique y de que haga efecto, ya habremos liquidado nuestro negocio. Antes de un año tendremos las mejores tierras de California Baja. Ahora salgamos a pasear y nos acercaremos a la Posada Internacional. No conviene que entremos, pues alguien se podría extrañar de mi proximidad a Greene siempre que le ocurre algo malo.

Clarke se ajustó el cinto, de donde pendía, enfundado, el largo y pesado Colt de seis tiros. Antes de alcanzar el ancho sombrero, desenfundó el arma y comprobó si cada uno de los depósitos del cilindro estaba cargado y si los cebos se hallaban en buen estado. Cambió una de las chimeneas de cobre y, por último, guardó de nuevo el revólver, comentando:

-Estas armas son muy útiles; pero exigen una endiablada cantidad de tiempo para cargarlas. Dicen que se han inventando ya cartuchos en los cuales va la bala, la pólvora y el pistón, y que ni el agua estropea.

-Algo he oído -asintió Starr, que también había desenfundado su revólver y comprobaba si los seis cebos estaban en orden.

El general se puso el sombrero y salió de su despacho. Al llegar a la calle aguardó a Starr y luego, juntos, marcharon por la calle Mayor en dirección a la plaza, donde estaba la Posada Internacional.

-¿Qué piensas hacer con Cárdenas? -preguntó Lukas.

-Le juzgaremos mañana. Si muere Greene le fusilaremos y si no le ahorcaremos. Es un infeliz que está ya convencido de que disparó sobre el delegado del Gobierno.

Cuando llegaron a la plaza vieron llegar un grupo de jinetes a cuya cabeza marchaba, en un enorme, cansino y blanco caballo, el heredero de los Echagüe. Iban también su hermana y Leonor de Acevedo.

-Viendo a ese muchacho casi creo que sería mejor terminar con el padre -dijo Clarke-. Es menos peligroso que una liebre.

-Es posible; pero conviene eliminarlo antes de que se convierta en león. A los californianos no se les puede catalogar como a otras gentes. Ya lo sabes por experiencia. Creíais que los habitantes de esta tierra eran mansos como corderos y de pronto os echaron de Los Ángeles, os derrotaron en San Pascual, casi sin armas, sólo con lanzas y viejos mosquetes...

-Puedes ahorrarte los recuerdos -interrumpió Clarke-. Sé por qué sucedió aquello; pero, de todas formas, ese tipo no se parece en nada a los hombres que lucharon contra nosotros durante la guerra. Sin embargo, puede seguir adelante el plan trazado.

Al llegar frente a la Posada Internacional, los jinetes saltaron al suelo, a excepción de César de Echagüe, que se dejó deslizar por el amplio costado de su montura. Una vez en tierra, el joven se abanicó con el sombrero, suspirando ruidosamente.

Leonor no le había dirigido la palabra. A su lado cruzó la taberna y acompañó a Beatriz a la habitación que ocupaba Edmonds Greene.

Entretanto, los peones del rancho trajeron una camilla hecha de correas trenzadas y cubierta con un blando colchón de lana. César los acompañó, descendiendo luego, con Leonor, mientras los peones bajaban lenta y cuidadosamente la camilla en

que iba tendido Edmonds.

Al llegar abajo, César y su prometida aguardaron a los peones. Desde el mostrador, un norteamericano, vestido como un minero, preguntó en voz alta a un compañero, en español:

-¿Viste el penco que montaba ese maniquí?

El otro replicó, con una gran risotada:

-¡Que si lo vi! Aún me estoy riendo. Y no precisamente del caballo.

Leonor enrojeció y, volviéndose hacia César, preguntó, con voz temblorosa:

-¿Vas a tolerar ese insulto?

César la miró, suplicante.

-No hagas caso -pidió-. Están borrachos.

El que había hablado primero avanzó hacia César de Echagüe.

-¿Yo, borracho? -rugió, agarrando por un nombro al joven-. ¡Ahora te enseñaré a insultarme!

Al hablar se había apartado de César, acercando la mano a la culata de su revólver.

-No voy armado, señor -dijo Echagüe-. Si me mata cometerá un asesinato... Y hay testigos... Si le he ofendido, perdone... Retiro mis palabras.

Un incrédulo asombro invadió el rostro del americano. Por un momento no supo qué hacer. En la taberna había muchos testigos, y no todos norteamericanos. Al fin, encontrando una solución, escupió violentamente al rostro de César, esperando que éste sacara un pañuelo para secarse el rostro y poderle así matar con la excusa de que lo hizo creyendo que el otro iba a empuñar una arma.

Pero la casualidad, tal vez, hizo que César llevase un pañuelo en el bolsillo superior de la chaquetilla, por el que asomaba. Así, sin necesidad de buscar en los otros bolsillos, pudo sacar el pañuelo y limpiarse la cara, mientras se dirigía hacia la salida.

-Si quieres una reparación, de hombre a hombre, puedes buscarme cuando gustes -dijo el norteamericano-. Me llamo Douglas Moore.

Pero si César de Echagüe lo oyó, no hizo nada que lo demostrase. Cuando los demás salieron de la posada, le vieron montado en su caballo, jugando con el pañuelo.

-Por lo visto no ha tenido éxito el plan -gruñó Clarke.

Starr se encogió de hombros.

-Queda el otro -dijo-. No comprendo cómo ha podido fallar.

En aquel instante apareció Leonor de Acevedo y fue a montar en su yegua. César quiso ayudarla, pero la joven le rechazó. Sus palabras llegaron con toda claridad a los oídos de Clarke y de Starr.

-¡Déjame! Supongo que te sentirás muy orgulloso. Te has puesto en ridículo para siempre. Y no sólo eso, sino que me has convertido en el hazmerreír de todos Los Ángeles. Creo que no hace falta que te comunique el rompimiento de nuestro compromiso.

-¡Pero..., mujer!

-Es inútil que digas nada.

-Pero si iba desarmado...

-Sólo a un cobarde como a ti se le ocurre venir al pueblo sin armas.

-Si las hubiera traído, aquel bárbaro me habría matado.

-¿Y qué? ¿Te imaginas que es mucho mejor vivir así? Yo te habría llorado toda mi vida y no me hubiera casado con otro hombre.

-Pero... Leonor... ¿Es que hubieses preferido verme muerto?

-De todas formas, has muerto para mí... Si lo hubieses hecho como un hombre, hubiera guardado un eterno recuerdo de ti. ¿Cómo nos van a juzgar esos extranjeros?

-Está bien; pero ¿no crees...?

-No creo nada -interrumpió Leonor-. Sólo sé que para mí has terminado, y que ni tu padre ni nadie podrá convencerme para que vuelva a reanudar nuestras relaciones. ¡Adiós! Y cuídate mucho, no vayas a resfriarte.

Clarke y Starr se miraron un momento y los dos sonrieron.

-Quizá las cosas no hayan salido tan mal como creíamos -dijo el general.

-Sólo falta que el desbocamiento del caballo tenga éxito -replicó Lukas.

Pero el desbocamiento no tuvo el menor éxito, porque el rifle recibido por Julián Martínez, y que el servidor no había abandonado ni un momento desde que su amo se lo entregara, disparóse a tiempo y el desbocado caballo que cargaba contra el grupo que conducía a Edmonds Greene al rancho de San Antonio cayó con la cabeza atravesada por un certero balazo.

El jinete elevó airadas protestes; pero el joven Echagüe le hizo callar indicándole que podía pasar por el rancho y recoger dos caballos a cambio del que tanto lamentaba haber perdido.

Sonriendo ampliamente, agregó:

-Los tenemos tanto o más salvajes que el suyo. Con ellos se podrá romper eficazmente la cabeza.

El propietario del caballo no tuvo nada que objetar y prometió pasar a recoger los animales ofrecidos.

Dos horas más tarde, Edmonds Greene estaba instalado en una soleada habitación del rancho de San Antonio y, ya fuera por el nuevo alojamiento o por la enfermera que le cuidaba, lo cierto fue que, al llegar, el doctor declaró que, sin poderse descartar aún todo peligro, lo peor había ya pasado y, o mucho se engañaba, o antes de un mes el herido podría galopar de nuevo.

-Puede que incluso antes -agregó, antes de salir.

Capítulo VII

Yo pido la máxima pena que señala la ley

En cuanto hubieron transcurrido cuarenta y ocho horas después del traslado de Greene al rancho de San Antonio, se celebró el juicio contra Telesforo Cárdenas. El tribunal militar se reunió en el comedor de tropa del Fuerte Moore, que desde el 4 de julio de 1847 se elevaba sobre una de las montañas que dominaban el pueblo[3].

En el comedor, única estancia algo amplia que permitía la reunión de un grupo numeroso de gente, se constituyó el tribunal, presidido por el general Clarke, ante el cual Telesforo Cárdenas debía responder de su delito. El californiano compareció fuertemente esposado, entre dos soldados de Caballería, armados de rifles, que durante todo el proceso permanecieron a ambos lados de él.

Los testigos fueron reunidos por el fiscal y por el defensor. Éstos, aunque

[3] Sobre la actual Broadway.

obrando con manifiesta buena fe, encontráronse con el problema de que mientras unos testigos afirmaban sin ninguna duda y con mucha energía que Cárdenas era culpable, los otros, en cambio, lo declaraban inocente absoluto. Los que consideraban culpable al californiano eran todos los norteamericanos que se hallaban presentes en el lugar del suceso. En cambio, los californianos que presenciaron la escena denunciaron la imposibilidad de que Cárdenas hubiera poseído la pistola y hubiese disparado con ella.

Durante dos días siguió el lento desfile de testigos, siempre con las mismas características. Unos afirmaban que Cárdenas era inocente y otros declarándole culpable.

En su resumen de los hechos, el fiscal: apuntó, como detalle convincente, que Cárdenas estaba discutiendo con Lukas Starr y que era más lógico suponer que intentara matar a Starr y que involuntariamente hiriese al hombre que intervino en su favor, que imaginar la culpabilidad de otra persona a la cual nadie había visto.

-No me guía ningún sentimiento de enemistad contra el acusado -dijo el fiscal-. No tengo ningún prejuicio de raza contra él, ya que, desde que California ingresó en la Unión, el acusado es tan norteamericano como yo. Por lo tanto, mis acusaciones tienen la misma imparcialidad que si fueran dirigidas contra cualquier norteamericano. Tenemos el hecho de que el representante de nuestro Gobierno en la ciudad de Los Ángeles ha sido gravísimamente herido. Desde el primer momento he reconocido al acusado inocente de toda premeditación en su delito. Creo, honradamente, que no pensó en herir al señor Greene; pero, en cambio, de todas las declaraciones de los testigos, tanto de la defensa como de este ministerio fiscal, se desprende que el acusado y el señor Starr, residente en esta población, discutían acerca de la propiedad de unas tierras. No examinaré la razón o sinrazón de uno o de otro. A este tribunal no le incumbe decidir si en la discusión la razón apoyaba al acusado o al señor Starr. Para nosotros ese punto carece de importancia. Lo realmente importante es que discutían y que lo hacían con mucho calor. Es indudable que el acusado no fue a la Posada Internacional pensando herir ni matar a nadie; pero, perteneciente a una raza de sangre ardorosa, de fácil excitabilidad, empujado por la injusticia que, sin fundamento alguno, temía se fuera a cometer con él, pues ya ha quedado demostrado que la sentencia favorable del tribunal no podía ser revocada, el acusado empuñó un arma, con los desgraciados efectos que todos conocemos y lamentamos. Su culpabilidad es lógica e indudable, y cualquier otra explicación que se quiera dar a un hecho tan claro y evidente será simple afán de desfigurar los hechos, buscando la absolución del acusado, contra quien yo pido la máxima pena que señala la Ley, recordando que la víctima es un alto representante del Gobierno.

Al llegar a este punto el abogado defensor, que había estado hablando con un californiano que acababa de llegar y que le entregó una carta, se puso en pie y, dirigiéndose al presidente del tribunal, pidió:

-Señor presidente, ruego que este tribunal se traslade al rancho de San Antonio, propiedad de don César de Echagüe, y en el cual se encuentra recluido el señor Edmonds Greene. Acabo de recibir una carta suya en la cual declara que desea prestar declaración ante este tribunal, y como su estado le impide acudir personalmente y sus declaraciones pueden influir en el resultado de este proceso, ruega se envíe a alguien a tomarle declaración. Sin embargo, yo opino que sería muy conveniente que el tribunal en pleno se trasladará allí.

-¿Dice en su carta el señor Greene si su declaración favorecerá o perjudicará al acusado? -preguntó Clarke.

-No lo dice, señor presidente -replicó el defensor.

-Bien... -Clarke pareció meditar unos segundos; luego, dando un mazazo sobre la mesa, para retener la atención de todos, decidió-: Se levanta la sesión de este tribunal,

que volverá a reunirse mañana, a las once de la mañana, en la residencia de don César de Echagüe, es decir, en el rancho de San Antonio. Mientras tanto ruego a los componentes de este tribunal militar que se abstengan de hacer comentarios, acerca del juicio ni de emitir en público ninguna opinión. Deberán meditar sobre cuanto han oído y aguardar la declaración del señor Edmonds Greene para decidir la culpabilidad o no culpabilidad del acusado.

Otro mazazo dio por terminada la sesión. Mientras Telesforo Cárdenas era sacado de la sala y conducido a su celda, los miembros del tribunal salieron discutiendo en voz alta los pormenores del juicio y decidiendo, de mutuo acuerdo, que la culpabilidad del acusado era tan clara como el cielo de California.

*** * ***

Una hora después, Clarke, Starr y Charlie MacAdams se reunían en el despacho del primero en el Fuerte Moore.

-No me gusta ese deseo de Greene -dijo Clarke-. ¿A quién pretende favorecer?

Después de encender su cigarro en la llama de una de las velas que iluminaban la estancia, Starr miró burlonamente a Clarke y replicó:

-¿A quién? Pues a Cárdenas. Si pensara declarar contra él hubiera enviado la carta al fiscal.

-Según lo que diga, puede perjudicarnos -refunfuñó Clarke.

-No lo creo yo así -rió Starr-. Es cierto que su declaración puede desconcertar al tribunal; pero si nadie ha dicho quién disparó realmente, a pesar de que fueron mucho los testigos que presenciaron la escena, es imposible que Greene, que tenía la mirada fija en mí, pueda descubrir la verdadera identidad del agresor. Dirá, tal vez, que Cárdenas no disparó. Sin embargo, su declaración no pesará para nada en el tribunal.

-Pero aún pesaría menos si alguien, esta noche, cerrara para siempre los labios de Greene -sugirió el asistente de Clarke.

-¿Otro atentado? -preguntó el general-. Han fallado ya dos.

-Pero el tercero puede tener éxito. Dicen que las cosas salen bien a la primera o a la tercera vez, nunca a la segunda. Además, ¿quién puede tener interés en matar a Greene ahora? ¿Se asombrará alguien si decimos que le asesinaron para que no pudiese declarar contra Cárdenas? Nosotros sabemos que su declaración tenderá a favorecer al acusado; pero quienes desconozcan sus simpatías por los indígenas, supondrán, con mucha lógica, que su declaración debía perjudicar a Cárdenas.

-No parece mala idea -admitió Starr.

-Sobre todo teniendo en cuenta que Greene está instalado en una de las habitaciones de la planta baja del rancho -siguió MacAdams-. No se atrevieron a subirlo arriba.

-O sea que cualquiera podría llegar fácilmente hasta la ventana del aposento y disparar por ella sobre Greene -murmuró Starr, fumando pausadamente

-Un tiro sumamente fácil -sonrió MacAdams-. Conozco a cinco o seis personas que no tendrían inconveniente en dispararlo por menos de cien dólares.

-Personas que si fuesen descubiertas cantarían de plano -gruñó Clarke.

-No, si quien les pagaba era cierto californiano amigo mío que es capaz de disfrazarse bajo el aspecto de don César de Echagüe. En el caso de que fallara el golpe, siempre quedaría la posibilidad de condenar al propietario del rancho.

-Eres diabólico -sonrió Clarke-. De todas formas, la idea no me parece mala. Te daré cien dólares.

-Doscientos, mi general -interrumpió MacAdams-. Hay que comprar al asesino y

a quien debe darle la orden.

-Perfectamente -aprobó Clarke-. Toma.

Guardó Charlie MacAdams el dinero y partió a cumplir su misión, mientras Starr y Clarke brindaban por el buen éxito de la empresa.

*** * ***

Pero la empresa no tuvo buen éxito. Por lo menos no lo tuvo desde el punto de vista de los interesados en la violenta expulsión de este mundo de Edmonds Greene.

El hombre a quien se encargó la misión de disparar sobre el herido llegó cautelosamente hasta unos metros de la iluminada ventana de la habitación de Greene. Vio, a través de los cristales, la figura del herido, cubierto hasta la cabeza por las sábanas, y levantó la pistola de arzón que llevaba dispuesta. Se entretuvo un poco asegurando la puntería y, de súbito, sintió que el mundo entero caía sobre su cabeza, haciéndole soltar la pistola y desplomarse sobre la hierba húmeda de helado rocío. Cuando recobró el conocimiento encontróse a más de dos leguas del rancho, tumbado al borde del camino real de San Bernardino.

Cuando al fin el defraudado asesino se convenció de que estaba muy lejos de donde el mundo había chocado contra su testuz, incorporóse, buscó inútilmente el arma con la que había pensado rematar a Greene y buscó, también en vano, los cien dólares recibidos por ef trabajo.

Con los miembros envarados por el frío, la cabeza llena de zumbidos y las piernas vacilantes, el mercenario emprendió el regreso a Los Ángeles, meditando lo que podría decir a quien le preguntase por qué Edmonds Greene continuaba con vida.

Capítulo VIII

Serás colgado por el cuello hasta que mueras

Daban las doce del mediodía siguiente cuando la sesión del tribunal que debía decidir sobre la suerte de Telesforo Cárdenas se inició en la gran sala del rancho de San Antonio. Se trataba de tomar declaración a Edmonds Greene, que, ayudado por Beatriz de Echagüe, se trasladó por su propio pie a la estancia, siendo saludado por todos los miembros del tribunal, que, con algún retraso, habían acudido al lugar de la cita.

La declaración de Greene fue breve.

-Sí -afirmó, respondiendo a las preguntas del fiscal-. Estoy seguro de que Telesforo Cárdenas no disparó sobre mí.

-Todos dicen lo contrario, señor Greene -dijo el fiscal.

-¡Protesto! -interrumpió el defensor-. El señor fiscal comete un involuntario error al afirmar que todos los testigos afirman que el acusado disparó sobre el señor Greene.

-El defensor tiene razón -dijo Clarke, cuyo mal humor nadie se explicaba-. Señor fiscal, no tergiverse los hechos.

-Quiero decir que un número muy elevado de testigos afirma haber visto al acusado disparar sobre usted, señor Greene.

-Yo no le vi disparar -insistió el delegado del Gobierno-. Y creo que mi declaración tiene más peso que todas las otras.

-No opino yo igual, señor Greene -replicó el fiscal-. Y le suplico no tome mis palabras en el sentido ofensivo. No dudo de usted ni de su buena fe; pero sus simpatías por los californianos son notorias y en este caso tal vez considere que la magnanimidad con el culpable puede ser beneficiosa para la pacificación del territorio.

-Del Estado -corrigió la defensa.

-En efecto, del Estado de California -admitió el fiscal-. Pido perdón a la Sala por mi involuntario error.

-Mis simpatías por los habitantes de esta tierra no tienen nada que ver con mi declaración -dijo Greene-. Y mucho menos con la verdad.

-¿Observó usted, señor Greene, la expresión del señor Starr cuando usted intervino en su discusión con el acusado?

-Sí; pero recuerdo al señor fiscal que la herida la recibí en el pecho, o sea que al ser agredido estaba vuelto hacia el señor Cárdenas, cuyas manos veía perfectamente y en las cuales no apareció ningún arma.

-Pero un momento después el acusado tenía una pistola en la mano derecha.

-No la vi -insistió Greene.

-No pudo verla porque estaba caído en el suelo. Además, el acusado admite la posibilidad de que el disparo fuera hecho por él.

-¡Pero yo vi sus manos en el momento del disparo! -insistió Edmonds.

El fiscal sonrió protectoramente.

-¿Cuántas veces ha sido usted herido, señor Greene? -preguntó.

-Una.

-¿Además de ésta?

-No, sólo en esta ocasión.

-Entonces... permítame que le demuestre el error que involuntariamente, y sin duda con la mejor intención, comete usted. En este tribunal figuran diversos jefes y oficiales a quienes conoce bien *y* en los cuales tiene plena confianza, ¿no es cierto?

-Desde luego -admitió Greene.

-Le suplico que siga mis instrucciones, señor Greene. En estos momentos me interesa infinitamente más convencerle a usted que al tribunal. ¿A qué oficial desea usted que interrogue yo?

-¿Sobre qué ha de interrogarle? -preguntó Greene.

-Sobre algo que usted desconoce. Le ruego que al elegir al oficial a quien debo interrogar procure que sea uno que haya resultado herido una o más veces...

-No entiendo nada; pero... ¿cree que el comandante Chase le servirá?

-Perfectamente. Ha sido herido tres veces, dos de ellas por disparo de pistola, en combate. Comandante Chase, tenga la bondad de contestar a mis preguntas. No se trata de nada importante para el proceso que seguimos, aunque creo que debe hacerse constar la respuesta del señor comandante. ¿Es cierto, comandante Chase, que le han herido dos veces con disparo de pistola?

-Sí.

-¿Puede decirnos si los dos disparos se le hicieron cara a cara? Quiero decir si no se los hicieron por la espalda.

-No. Fueron disparos a quemarropa, de frente, estando mi enemigo a menos de tres metros, ya que en ambas ocasiones mi uniforme presentó quemaduras de pólvora.

-Perfectamente. Es usted el testigo ideal, comandante. Siendo usted oficial y mandando un grupo de hombres en ambas ocasiones, a ser posible descríbame qué clase de arma emplearon.

El comandante meditó un momento y, al fin, contestó:

-No puedo hacerlo.

-¿Por qué?

-Porque la primera noción que tuve de que iba a ser herido fue sentir el choque de las balas contra mi pecho; luego, en seguida, perdí el conocimiento y no supe nunca cuál era el aspecto del que me hirió, ni la clase de arma que utilizó. Más tarde supe, por los cirujanos que me extrajeron las balas, el tipo de pistola utilizado; pero no podría decir, sin faltar a la verdad, que vi el arma ni el hombre que la disparó.

Una sonrisa inundó el rostro del fiscal.

-Muchas gracias, comandante -dijo. Luego volvióse hacia Greene y siguió-: No me sorprende la declaración del comandante Chase. Soy militar y he hablado con muchos heridos por disparos hechos a quemarropa. Ninguno de ellos recordaba nada de cuanto ocurrió tres segundos antes de caer herido. Ignoro qué explicación dan los médicos a este fenómeno, ni siquiera si existe explicación alguna; pero el hecho real es que ningún herido a quemarropa puede decir quién le hirió a menos de que el disparo sea precedido de una amenaza o la víctima y el autor del disparo estén solos y no exista otro posible culpable. Aun así, la víctima nunca podrá decir el momento exacto en que se produjo la agresión.

El fiscal interrumpióse un momento, carraspeó y, volviéndose hacia el tribunal, pidió:

-Ruego a los miembros de este tribunal que me corrijan si en mis palabras ha habido algún error.

Hubo un largo silencio que el general Clarke cortó, diciendo:

-Todos estamos de acuerdo en lo acertado de las palabras del señor fiscal.

-Muchas gracias, señor presidente -sonrió el fiscal. Luego, volviéndose hacia Greene, siguió-: sólo he querido demostrarle el error que bondadosamente ha cometido, señor Greene. Disculpe si me he visto obligado a contradecirle delante de esos caballeros.

Greene inclinó la cabeza, comprendiendo su equivocación, de la que no intentó librarle la defensa.

Regresó el tribunal al Fuerte Moore y aquella tarde siguió la vista, reanudándose el día siguiente y retirándose a media mañana el tribunal para dictar sentencia. Ésta fue unánime y en ella se reconocía culpable al acusado del delito de agresión a un representante del Gobierno de los Estados Unidos. Como la agresión había tenido consecuencias graves, aun sin llegar a la muerte de la víctima, y por haberse cometido el asesinato en territorio sometido a la Ley Marcial, el tribunal aconsejaba el máximo castigo.

El presidente, general Clarke, miró fríamente a Telesforo Cárdenas:

-Ya has oído la sentencia de este tribunal. Por ella se te reconoce culpable de un delito de agresión a un representante del Gobierno soberano y agresión cometida en un territorio sometido al estada de guerra. Obedeciendo los mandatos de la Ley, debo condenarte a la horca, de la que serás colgado por el cuello hasta que mueras. Que Dios

tenga piedad de tu alma.

Luego, volviéndose hacia el *sheriff* del condado de Los Ángeles, le ordenó:

-*Sheriff,* como autoridad civil, haceos cargo del reo y encerradlo en un calabozo de este fuerte hasta el momento de cumplirse la sentencia, cuya fecha fijaréis vos mismo.

Un supremo esfuerzo de voluntad, de no querer mostrarse cobarde ante los norteamericanos, ahogó las protestas y súplicas que se agolpaban en la garganta de Telesforo Cárdenas, quien, sin hacer resistencia, se dejó encerrar en el calabozo, del que no debía volver a salir hasta el momento de su último viaje.

Capítulo IX

¡El Coyote!

Quince días habían transcurrido desde el momento en que Edmonds Greene cayera herido en la taberna de la Posada Internacional. Ennegrecía el cielo la noche que debía preceder a la última aurora de que disfrutaría Telesforo Cárdenas en el mundo. Hasta su celda habían llegado los martillazos que señalaban la erección de la horca. Desde una hora antes, aquellos golpes habían cesado, indicando que ya todo estaba dispuesto.

Telesforo Cárdenas paseaba nerviosamente por la reducida celda, a través de cuya puerta de barrotes veía *al sheriff* Jed Warmack, que, sentado en una silla, con un fusil de gran calibre encima de las rodillas, y el ancho sombrero caído sobre la nuca, observaba el creciente nerviosismo del reo. Jed Warmack no era hombre compasivo. Opinaba que la sentencia estaba muy bien dictada y que Cárdenas, perteneciente al fin y al cabo a una raza a la cual, como todos los yanquis, despreciaba profundamente; merecía ser ahorcado. De haber vivido unos años más tarde, a Jed Warmack se le hubiera calificado de vesánico. Entonces sólo se decía de él que era un perfecto salvaje. Dentro de cuatro horas aquel californiano moriría. Jed Warmack quiso hallar un placer en amargar los últimos instantes del reo.

-No tengas tanto miedo -gruñó-. Después de todo, la horca no es tan mala como muchos creen. Te pondrán de pie sobre una trampa, te echarán el nudo al cuello, descorrerán el pestillo que sujeta la trampa y caerás como un plomo. Antes de que te des cuenta, el cuello se te habrá partido y estarás en el otro mundo. Recuerdo que cuando ahorcamos a los tres Slate...

Cárdenas interrumpió violentamente al *sheriff.*

-El juez me condenó a morir ahorcado, no a escuchar sus palabras. ¿Por qué no se calla y me deja tranquilo?

-¿Tienes miedo?

-No; pero no quiero seguir oyéndole. Sólo quiero que avisen a un sacerdote.

-Ya le han avisado. Vendrá de San Gabriel y te acompañará hasta que des tu

último salto. ¡Si vieras lo fácilmente que murió Mathew Slate! No duró ni dos segundos. Cayó como una flecha, torció la cabeza y...

-¡Por Dios! -chilló Cárdenas-. ¿Es posible que disfrute hablándome así?

-No seas cobarde, hombre. Te pareces a Young Slate. Parecía una mujerzuela. Luchó desde que lo sacamos de la celda hasta que lo pusimos sobre la trampa. Y siguió luchando allí. No hubo manera de ponerle bien la corbata de cáñamo. ¡Y él se perdió! A los diez minutos de caer por la trampa aún vivía, y fue necesario que tres o cuatro muchachos se colgaran de sus piernas para...

-¡Dios bendito! ¡Cállese! ¡Cállese! ¿Quiere volverme loco?

-¡Bah! -rió, despectivo, el *sheriff-.* Todos los españoles sois iguales. ¡Unos cobardes a la hora de la muerte! En cambio, Terry Slate subió a la horca después de saludar a los cadáveres de sus hermanos...

Un alarido de locura interrumpió al sonriente *sheriff.* Cárdenas lanzóse contra los barrotes de la celda y los sacudió, intentando forzarlos, a la vez que gritaba:

-¡Déme un arma! Aunque sea un cuchillo, y verá si soy o no un cobarde. Le dejo su escopeta, le dejo disparar primero; pero ya verá como no se salva...

-Como tú no te salvarás de lo que te espera -replicó con una risotada Warmack-. Te atarán a los pies una bala de cañón y así pesarás una libra más.

-Por favor, *sheriff* -suplicó con quebrada voz el reo-. ¿Es posible que el hacerme sufrir le haga feliz? Yo estoy dispuesto a morir como un hombre, y usted quiere que muera como un cobarde...

-Como lo que sois todos los californianos. Os hacéis la ilusión de que vuestros abuelos fueron unos héroes porque lucharon con indios desnudos y desarmados...

-Pero más valientes que tú, canalla... -dijo una voz que resonó como un pistoletazo en la pequeña sala a que daban las cuatro celdas del fuerte.

El asombro impidió a Warmack toda reacción. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Luego fue a volverse; pero la voz le ordenó, al mismo tiempo que se oía el montar de un percutor de revólver.

-Suelta la escopeta y alcanza el techo con las manos.

Jed Warmack soltó la escopeta, que rebotó en el suelo de piedra, y volvióse, lentamente, hacia el punto de donde partía la voz.

Sus desorbitados ojos vieron a un hombre alto, vestido de oscuro, como un charro mejicano: pantalón ajustado, embutido en unas altas botas y sujeto por una ancha faja de seda negra, sobre la cual se veía un cinturón del que pendían dos pistoleras. La izquierda dejaba asomar la culata de un largo y pesado Colt de seis tiros. La derecha estaba vacía, y su inquilino debía de ser el que empuñaba el recién llegado.

La amarillenta luz de la única lámpara de petróleo que alumbraba la prisión reflejábase en el negro revólver, al que arrancaba metálicos destellos.

La mano que empuñaba el arma iba enguantada en negro; negra, igualmente, era la camisa que se veía bajo la adornada chaquetilla.

Warmack trató de identificar al propietario de aquellos dos revólveres; pero se lo impidió el negro antifaz que cubría la parte superior de su rostro, aunque dejando al descubierto los duros ojos, que no perdían de vista al *sheriff.*

-Ha sido muy interesante su charla, *sheriff* -siguió el enmascarado-. Tan interesante que desde hace casi media hora la estoy escuchando. Posee usted un don maravilloso para describir ejecuciones. La trampa que se abre bajo los pies, el reo que cae hasta que la cuerda atada a su cuello le detiene... ¡Vaya, vaya! Maravilloso don. Debiera usted ser novelista. Y es una pena que no pueda describir su propia muerte. Podría usted decir que saltó contra su adversario, dispuesto a destrozarle con sus manos, y que al hacerlo vio cómo el índice se curvaba sobre el gatillo y el percutor vibraba una

milésima de segundo y luego caía velozmente sobre el cebo. Sintió un choque en el corazón y el fuego abrasó su pecho. Antes de enviar su alma al demonio, sus oídos captaron la detonación del disparo que terminó con usted. ¿No le gusta? A pesar de todo, es menos desagradable que sus imágenes de la horca, a la cual siento infinito no poderle condenar. Aunque tal vez, si me ayuda el señor Cárdenas, podamos colocarle sobre la trampa, atarle la cuerda, ya dispuesta, al cuello y ver si muere como los Slate o como los cobardes californianos. Dígame, señor Cárdenas, ¿cómo prefiere que mate a este valiente?

-¡Por favor! -pidió Warmack, cayendo de rodillas-. ¡Por favor! ¡Si todo era una broma...! Yo quería entretener al señor...

-Ya sé que todo era una broma, y también en broma te voy a matar.

-¡Por Dios! Tenga piedad de mí. Yo no tengo ninguna culpa. Yo no he condenado al pobre señor Cárdenas. Pero... ¡si incluso pensaba en dejarle libre!

-¿Es posible? Nunca lo hubiera creído. Empiezo a conmoverme.

-Es verdad, señor... señor...

-¿Quieres saber quién soy? -preguntó el enmascarado-. Supongo que lo deseas para darme las gracias y tenerme presente en tus oraciones. Pues bien, te voy a complacer. Te entregaré mi tarjeta de visita y, para que no la pierdas, te la colgaré de la oreja.

Al mismo tiempo que decía esto, el enmascarado apretó el gatillo del revólver y una atronadora detonación repercutió en los reducidos ámbitos de la cárcel.

Jed Warmack sintió una mordedura en la oreja izquierda y se llevó a ella la mano, retirándola tinta en sangre.

Cuando el irritante humo se hubo despejado un poco, el *sheriff* clavó la mirada en el enmascarado y sus labios murmuraron:

-¡El Coyote!

-Sí. He venido a verte y me marcho muy satisfecho de quienes me informaron acerca de ti. Me dijeron que eras el canalla más grande de todo California, como el general Clarke y otros sujetos por el estilo. Lamento que mi conciencia me impida meterte otra bala en la cabeza; pero lo haré si, inmediatamente, no abres la celda y dejas salir al señor Cárdenas. Tú puedes ocupar su sitio. ¡Pronto!

El *sheriff* alcanzó las llaves que colgaban de un clavo, sobre su cabeza y, temblando como una hoja movida por el huracán, abrió la celda, de la cual salió, como atontado, Telesforo Cárdenas, que aún no estaba convencido de la realidad de lo que ocurría.

-Entra en la celda, Warmack -ordenó *El Coyote-.* Y usted, señor Cárdenas, registre a ese pájaro por si llevase algún arma escondida.

Warmack no llevaba ningún arma, y Cárdenas sólo encontró un par de recias esposas.

-Muy bonitas -declaró *El Coyote,* examinándolas-. Tenga la bondad de buscar la llave.

La llave de las esposas estaba en un bolsillo de la camisa de franela que vestía el *sheriff. El Coyote* la observó y dijo:

-Sospecho que en toda California no se encuentran otras esposas como éstas, ¿verdad, *sheriff?*

-No..., son inglesas. Me las trajo el capitán de un barco...

-Comprendo -interrumpió *El Coyote,* que no parecía tener prisa alguna-. Amigo Warmack, tiéndame los brazos por entre los barrotes de la celda. No..., no por ahí, sino por donde cierra la puerta. Así.

Warmack había pasado los brazos por entre los barrotes de la puerta inmediatos

a la cerradura, de forma que el brazo izquierdo pasaba por el barrote que hacía de quicio, y el derecho por el último del batiente. *El Coyote* cerró las esposas en las muñecas de Warmack, se aseguró bien de que no podían ser abiertas, y luego, apartándose un poco, cual si quisiera disfrutar del espectáculo que ofrecía el preso con los brazos asomando al exterior, dijo:

-Sospecho que dos cosas van a resultar muy difíciles. Primero, que puedan abrir la puerta, pues tú haces de pestillo; y segundo, que logren abrir las esposas. Veo que son de buen acero y creo que en Los Ángeles no se podrá hallar ningún instrumento capaz de abrirlas ni cortarlas. Cuando venga tu amigo el capitán, podrás pedirle otra llave, pues, no sé por qué, me parece que ésta la voy a perder. Adiós, Warmack. Cuídate la oreja; estás sangrando cómo un buey.

Guardando la llave de las esposas en un bolsillo, *El Coyote* hizo seña a Cárdenas para que le siguiese y salió de la prisión, llevándose la lámpara de petróleo que la iluminaba.

Telesforo Cárdenas le siguió, mal convencido aún de la realidad de su salvación y sin comprender cómo el famoso *Coyote* había aparecido tan a tiempo, confirmando cuanto se decía de él y mucho más.

La llegada del *Coyote* hasta su celda quedó explicada para Cárdenas cuando pasaron por el puesto de guardia y vio durmiendo profundamente a cuatro soldados, visión que se repitió en todos los puntos donde existían centinelas.

-Alguien les regaló un barril de ron -explicó *El Coyote-.* Y no era ron puro, sino con una mezcla muy oportuna.

Cruzaron la abierta puerta del Fuerte Moore, entre dos dormidos centinelas, y salieron al exterior. Junto a la puerta se veían dos caballos. Señalando uno de ellos, *El Coyote* indicó:

-Monta en seguida y dirígete a la misión de San Juan de Capistrano. Enseña a fray Carlos esta medalla. -Al decir esto, el enmascarado entregó a Cárdenas una medallita de plata con la imagen de San Juan. En un lado veíase una melladura-. No hará falta que le digas quién te envía. Fray Carlos comprenderá en el acto. Te dará refugio y protección hasta que vuelvas aquí. No creo que tardes mucho en poderlo hacer. No necesitas dinero, pero toma diez dólares por si te hiciesen falta por el camino. Lo que te sobre deposítalo en el cajón de las ánimas de la misión.

Cárdenas vaciló un momento.

-¿Cómo podré pagarle...? -tartamudeó.

-No lo he hecho para que me pagues. Date prisa. Los soldados despertarán dentro de dos horas, y si alguien te ve podrían alcanzarte antes de que llegaras a Capistrano.

El recién salvado reo guardó la moneda de oro que le tendía El Coyote, montó en uno de los caballos y partió en dirección al Sur, pasando junto al cadalso, que se destacaba claramente en la oscuridad y que debía haber constituido la meta de su viaje por el mundo.

Cuando el batir de los cascos del caballo de Cárdenas se hubo apagado, El Coyote montó en el suyo y al pasar junto a la horca tiró sobre ella el farol de petróleo que, al romperse, derramó el incendiado combustible sobre la madera, en la que prendió en seguida. Descendiendo del Fuerte Moore *El Coyote* cruzó Los Ángeles hasta llegar a la plaza, deteniéndose frente a la Posada Internacional, en cuyo interior se oían aún voces y risas de los que esperaban el nacimiento del día para asistir a la ejecución de Telesforo Cárdenas.

Capítulo X

Buenas noches, caballeros bebedores

El Coyote desmontó de su caballo, lo dejó junto a la entrada de la Posada Internacional, y acercándose a los doce caballos que aguardaban pacientemente la salida de sus amos, sacó un cuchillo de recia y afilada hoja y fue de animal en animal, realizando una rápida y misteriosa operación. Luego, sonriendo, guardó el cuchillo, se pasó los dedos por el bigote, como alisándolo, y, desenfundando el revólver que ya había utilizado una vez, fue hacia la entrada de la taberna. Abrió sigilosamente y echó una mirada al interior.

Junto al viejo mostrador hallábanse reunidos unos diez hombres. Otros dos, vestidos con el uniforme de la Caballería estadounidense, se sentaban a una mesa y no parecían tan animados como los otros.

El Coyote volvió la cabeza hacia los caballos, los contó, comprobó que su número correspondía al de clientes y, acentuando su sonrisa, penetró en la taberna, colocándose a un lado, evitando dar la espalda a la puerta, pero encañonando con el revólver a los que estaban junto al mostrador.

Los hombres no se dieron cuenta de la aparición del enmascarado hasta que éste se anunció a sí mismo con un sonoro:

-Buenas noches, caballeros bebedores.

Volviéronse todos hacia el que hablaba y, al verle a la luz de las numerosas lámparas de petróleo, quedaron inmóviles, como transformados en piedra. Las miradas de los reunidos se fijaron en el negro revólver que empuñaba el tardío visitante, y también en el que llevaba enfundado muy cerca de la mano izquierda. De todos los labios brotó el mismo nombre.

-¡El Coyote!

-Yo mismo -sonrió el enmascarado, llevándose la mano izquierda al borde del sombrero-. Creo que la alegría de vernos no es tan grande en ustedes como en mí; pero tengo el convencimiento de que, tan pronto como termine de hablar, habrá dos caballeros, por lo menos, que se alegrarán de mi visita.

Saludó con un leve movimiento de cabeza a los dos oficiales y continuó:

-En cambio, el señor Douglas Moore no se alegrará tanto, porque debo comunicarle que he venido a matarle... ¡No, no, señor Moore! No se precipite en buscar su revólver, pues entonces morirá antes de tiempo. Su suerte está echada y si hace alguna tontería como la que ha estado a punto de cometer, se jugará totalmente los pocos segundos de existencia que le restan.

Douglas Moore tragó saliva y contuvo el movimiento de su mano en dirección al revólver que pendía de su costado derecho.

-Veo que es prudente, amigo Moore, que sabe cuándo las cartas están en contra -rió *El Coyote-.* No diré que lamento mucho tenerle que matar, pues el hacerlo será muy agradable para mí. Además convencerá a los caballeros presentes (que también lo estuvieron hace unos días, cuando usted, señor Moore, se permitió hacer el valiente con ese pobre borrico de César de Echagüe) de que, frente a un revólver, la valentía de un

hombre sufre una alteración muy notable. Entonces usted se portó como un hombre terrible porque tenía ese revólver al alcance de la mano y el pobre chico no llevaba ni un mal cortaplumas. Ahora, señor león, tiene usted enfrente a otro león que lo va a matar si usted no hace algo por salvar la vida.

-¿Lo va usted a asesinar? -preguntó uno de los oficiales.

-Matar al señor Moore no es cometer ningún asesinato, caballeros. Si tuviera que luchar con ustedes, a quienes respeto profundamente por el uniforme que honradamente visten y porque sé que son caballeros, les ofrecería las máximas posibilidades de defensa; pero ustedes no han hecho nada que merezca ser castigado por *El Coyote,* por lo cual les suplico que permanezcan al margen de esta cuestión. Como dije, hace unos días el señor Moore se permitió bravuconear con un muchacho que no tiene ninguna culpa si Dios no le ha hecho un héroe. La cosa llegó a mis oídos, junto con otras, y he venido a saludar al señor Moore y decirle que tanto aquel día como hoy, es, ha sido y será hasta que muera un cobarde.

La desesperación, el miedo, el odio o una fuerza superior empujó a Moore a llevar la mano a la culata de su revolver; pero antes de que terminara de desenfundarlo sonó una detonación y Moore retiró la mano derecha del arma, que volvió a quedar dentro de la funda, a la vez que el hombre se llevaba la mano izquierda a la oreja, medio destrozada por un balazo que, al mismo tiempo, hizo añicos una botella de licor.

-¡La marca del *Coyote* -exclamó alguien.

-Sí. Es la segunda oreja que señalo esta noche -sonrió *El Coyote-.* Ahora -continuó- te voy a matar, Douglas Moore. Lo voy a hacer porque mereces cien veces la muerte; pero, sobre todo, porque intentaste asesinar a Edmonds Greene y cargar las culpas sobre el infeliz Cárdenas. Por eso sólo mereces la muerte. He venido de muy lejos para llegar a tiempo de impedir la ejecución de un inocente. Ahora podrías ser tú quien compareciese ante el juez Clarke, si tuvieras valor para confesar tu culpa; pero no lo harás, porque eres un cobarde y, por lo tanto, te mataré. Si crees en Dios, encomienda tu alma a Él. No deseo privarte de ese consuelo.

Mientras hablaba, *El Coyote* levantó el percutor de su revólver. El cilindro giró y una cámara cargada ocupó su puesto ante la recámara del arma.

-¡Por Dios, no me mate! -suplicó Moore, cayendo de rodillas-. ¡Lo diré todo! Sí, yo quise matar a Greene..., yo disparé sobre él... Que me juzguen. Yo demostraré que fue un accidente y que luego me arrepentí...

-¿Es verdad eso?

-Es verdad -aseguró Douglas Moore-. Se me disparó la pistola...

-¿Heriste al señor Greene?

-Sí.

-¿Lo dices de veras? ¿No hablas creyendo que así salvarás la vida? Piensa que el juez Clarke te condenará a morir ahorcado.

-No importa. Es la verdad. Cárdenas es inocente.

-Recuerda que te escuchan dos oficiales del Ejército que repetirán tus palabras ante el tribunal.

-Dirán la verdad. Yo soy culpable de la herida del señor Greene.

-Entonces te dejo en sus manos y te advierto que si el tribunal te absuelve, Douglas Moore, yo te buscaré hasta el último rincón de la tierra y daré cuenta de ti aunque te escondas detrás de unos muros más sólidos que los de la fortaleza que lleva tu mismo nombre.

Después de esto, *El Coyote* se volvió hacia los oficiales y les dijo:

-Pongo en sus manos a ese hombre. Espero que sabrán hacer cumplir la Justicia.

Saludándoles con un movimiento de revólver, *El Coyote* fue retrocediendo hacia

la puerta, sin dejar de encañonar a los clientes del local. Cuando faltaban unos dos metros para alcanzar la salida, ordenó:

-Vuelvan todos la espalda, señores. Ustedes, también, oficiales. Es sólo un momento.

Los clientes obedecieron y un segundo después oyeron abrir y cerrarse la puerta y se volvieron en seguida. *El Coyote* no se encontraba ya allí.

Lanzando gritos de ira, los diez clientes del bar se precipitaron hacia la puerta. El primero en empuñar su revólver fue Douglas Moore; pero, antes de que pudiera salir, los dos oficiales avanzaron hacia él y le arrancaron el arma de la mano, anunciándole:

-Quedas detenido, Moore. Hemos oído tu confesión...

-¡Qué confesión ni qué diablos! -rugió Douglas Moore-. Si hablé lo hice porque me amenazaban con un arma...

-Eso deberá decirlo el general Clarke -interrumpió uno de los oficiales-. Ponte algo en la oreja. Está sangrando demasiado.

Moore iba a decir algo, pero le interrumpió una algarabía' de juramentos e imprecaciones.

Eran los que trataban de perseguir al *Coyote.* Al ir a montar sus caballos se encontraron con que todos tenían las cinchas casi partidas y viéronse precipitados al suelo en medio de un terrible escándalo, mientras los animales, asustados por aquellos gritos y golpes, se espantaban y pisoteaban violentamente a sus amos, para acabar, al fin, huyendo por todos los lados de la plaza.

A la salida de Los Ángeles, *El Coyote* volvió la cabeza y, viendo que nadie le perseguía, soltó una carcajada, que llegó hasta los que se debatían en el suelo, aumentando su indignación. Luego, picando espuelas, miró hacia la cumbre donde se levantaba el Fuerte Moore, iluminado en aquel momento por la hoguera de la incendiada horca. Entonces soltó una nueva carcajada. Al cruzar el vado de río que más tarde se llamaría de Los Ángeles, sacó la llave de las fuertes esposa del *sheriff* y la tiró al agua. En seguida volvió a picar espuelas y partió en dirección al rancho de San Antonio.

Capítulo XI

¿Eres tú El Coyote?

El templado aire del desierto convertía en primaveral la noche de enero. El puro y transparente aire acentuaba el metálico brillar de las estrellas. Beatriz de Echagüe no podía dormir. Habíase levantado de la cama y, cubriéndose con una bata de lana, abrió la ventana y sumióse en la contemplación del paisaje. Desde aquella ventana, su tía, la hermana de don César, soñó también con el amado que partió un día hacia Méjico, a combatir la insurrección de la Nueva España contra la vieja. Partió para no volver y, hasta la fecha de su muerte, Elena de Echagüe hizo de aquella ventana y de aquella habitación su santuario de recuerdos.

Quizá algo de la mucha angustia que vibró entre aquellas paredes quedaba aún latente en ellas, y aprovechando un ambiente propicio, habíase contagiado a la joven, inundándola de una inquietud para la cual no encontraba explicación alguna.

Llevaba más de una hora sentada en el mirador, envuelta en la oscuridad, pensando en sus vagas inquietudes, intentando, en vano, reírse de ellas y alejarlas cuando, de pronto, el lejano batir de los cascos de un caballo que llegaba al galope la devolvió a la realidad. Pero, al mismo tiempo, aquel galope que en otros momentos le hubiera parecido lógico, la inquietó tanto más cuanto menos debía haberla preocupado. Cuando cerca de la entrada del rancho cesó el galope, Beatriz sintió aumentarse su inquietud. El que llegaba debía dirigirse al rancho de San Antonio, y el hecho de que hubiera interrumpido el galope a la entrada del mismo sólo podía significar su deseo de pasar inadvertido a los centinelas armados que durante la noche patrullaban por las tierras del San Antonio.

Como alcanzando un objeto ya lejano, Beatriz recordó algo que en el instante de suceder le había pasado inadvertido, pero que debía de haber quedado impreso en su subconsciencia. Unos minutos antes, al empezar a oírse el galope del caballo, uno de los guardianes del rancho pasó bajo su ventana en dirección a la puerta principal...

Beatriz no tuvo tiempo de analizar aquel recuerdo. Tres sombras acababan de aparecer en el ancho redondel de una era. Dos de aquellas sombras, un hombre y un caballo, marcharon hacia los establos. La otra, un hombre vestido con el inconfundible traje mejicano, dirigióse hacia la casa, procurando ocultarse en las sombras.

Un relámpago lejano, el brillo más intenso de una estrella, el reflejo de una luz en el rancho... Beatriz no pudo decir a ciencia cierta de dónde procedía el resplandor que por un momento iluminó al misterioso visitante nocturno, reflejándose en las culatas de sus dos revólveres y descubriendo por un momento su rostro, oculto tras un negro antifaz.

Ahogando difícilmente un grito de espanto, la joven retiróse de la ventana y, en voz baja, murmuró:

-¡El Coyote!

Quedó un momento indecisa y luego le asaltó un pensamiento que se conjugó terriblemente con sus anteriores inquietudes. ¡*El Coyote* en el rancho! *El Coyote,* vengador de los oprimidos californianos, enemigo de los yanquis, a quienes en Los Ángeles representaba, a título supremo, Edmonds Greene...

Esta vez no pudo contener el grito que pugnaba por escapar de sus labios:

-¡Edmundo!

Desolada, abandonó su habitación, sin calzarse, salió al pasillo y de encima de un viejo bargueño tomó un velón. Quiso correr con él en la mano; pero el ímpetu de la carrera apagó la vacilante llamita.

Dejándolo en el suelo, descendió a la planta baja, donde estaba la habitación de Greene. Pasó por delante de la de su hermano y estuvo a punto de entrar en busca de socorro; luego, recordando la poca ayuda que podía esperar de César, siguió hacia el cuarto inmediato, en el que entró sin llamar.

Como herida por un rayo, Beatriz se detuvo en el umbral de la estancia. Un pequeño candil de aceite iluminaba tenuemente el dormitorio; pero, aunque insignificante, su luz bastaba para descubrir el vacío lecho, intacto, como si nadie hubiera dormido en él.

-¡Edmundo! -repitió en voz baja.

Miró hacia donde se habían colgado las ropas del herido. Estaban allí. Traje, sombrero, botas, incluso el revólver. Sin embargo...

El recuerdo de aquella conversación en que su hermano acusó abiertamente a

Edmonds Greene de ser *El Coyote,* volvió a la memoria de la joven. Cierto que el norteamericano estaba herido; pero en sus últimos días había paseado ya por el jardín, el huerto e incluso por las praderas. Había demostrado poseer una constitución maravillosa, y sus heridas cicatrizaron en la mitad de tiempo de lo que esperaba el doctor García Oviedo. ¿Habían cicatrizado lo bastante para permitirle abandonar el rancho protegido por la oscuridad de la noche?

Huyendo de la respuesta a su propia pregunta, y anhelando encontrar un consuelo, alivio o protección, fue al cuarto de su hermano y empujó la puerta. Estaba cerrada por dentro.

Un miedo infinito e ilógico, contra el que no podía luchar, apoderóse de la joven. En las sombras del amplio vestíbulo presintió mil enemigos terribles, ocultos en su invisibilidad, pero llenos de poderes destructores. Como loca precipitóse contra la puerta y la golpeó con los puños, chillando:

-¡César! ¡César! ¡Abre!

La sobresaltada voz de su hermano llegó desde el otro lado de la puerta.

-¿Qué ocurre? ¿Qué son esos golpes?

-¡Abre! ¡Abre! ¡Por Dios, abre en seguida!

-¿Quién es?

-¡Soy yo! ¡Soy Beatriz! ¡Por Dios, abre en seguida!

-Un momento -respondió César-. ¿Estás loca, llamando así? Aguarda a que me ponga algo...

Un minuto después, que tuvo extensión de eternidad, César de Echagüe abrió la puerta. Se envolvía en una larga bata de vicuña; tenía el cabello revuelto, los ojos cargados de sueño y los descalzos pies embutidos en unas babuchas morunas.

-¿Qué diablos te ocurre? -preguntó, con evidente mal humor-. ¿No se te ha ocurrido nada mejor que venirme a despertar cuando más profundamente dormía?

-¡César, por favor, óyeme!

Beatriz hablaba entrecortadamente. Empujó a su hermano al interior de la habitación y tuvo que sentarse en la cama, caliente aún por el cuerpo que había dormido en ella.

-Escucha, César -siguió la muchacha-. Es terrible. No debe enterarse nadie; pero yo no tengo valor para guardar dentro de mí el secreto. Es demasiado grande. Oye...

-Di de una vez, mujer -interrumpió bruscamente César, que permanecía en pie-. ¿Qué te ocurre? ¿A qué viene presentarse a estas horas en mi cuarto, echando abajo la puerta a golpes?

-He visto al *Coyote* -susurró Beatriz.

-¿Y qué?

-¿No te asombra?

-¿Por qué ha de asombrarme? En est tierra siempre ha habido coyotes.

-No es un coyote vulgar; he visto al *Coyote.*

-¡Ah! ¿Te refieres al bandido generoso? ¿Qué ha hecho? ¿Ha intentado molestarte?

-No. Le vi desde la ventana de mi cuarto. Se dirigía hacia aquí.

-¿Hacia mi cuarto? -preguntó Cesa mirando a su alrededor.

-No. Hacia la casa... Y Edmundo no está en su habitación.

-Creo que ves visiones, Beatriz.

-No, no son visiones. ¡Ojalá lo fueran! Tengo miedo de que *El Coyote* le haya hecho algo malo a Edmundo.

-¿Por qué iba a hacerle nada malo a un amigo de los californianos?

-No sé. No comprendo nada; estoy loca... Sí, tienes razón, estoy loca; pero lo

cierto es que no puedo soportar más esta tensión...

-Si quieres seguir un buen consejo vuelve a tu cuarto y reanuda el sueño donde lo dejaste. Has visto visiones y, lo que es peor, me has despertado a mí.

-¡No, César, no han sido visiones! Ha sido una realidad que me llena de horror.

César de Echagüe se ciñó más fuertemente la bata, arreglóse un poco el revuelto cabello y, cogiendo de la mano a su hermana, la sacó del dormitorio.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó, asustada, Beatriz.

-Convencerte de que todo ha sido un sueño y luego volver a la cama.

Arrastrando casi a su hermana, César fue hasta la puerta de la habitación de Greene, llamó en ella con los nudillo y preguntó en voz muy fuerte:

-¿Estás despierto?

Hubo un breve silencio que fue una puñalada para Beatriz.

César movió la cabeza y volvió a llamar.

La inconfundible voz de Greene preguntó, desde dentro:

-¿Quién llama?

-Beatriz y yo -respondió César-. ¿Podemos entrar?

-¿A estas horas? ¿Qué sucede?

Sin replicar, César empujó la puerta, que estaba abierta, y entró en el dormitorio que antes había visitado Beatriz.

Ésta, llena de asombro y de alegría, vio a Greene, con evidentes señales de haber estado durmiendo, sentado en la cama, cubierto con un viejo poncho.

-Pero, ¿ocurre algo grave? -inquirió Greene, muy turbado.

-Sí, ocurre que Beatriz ha tenido una pesadilla y la ha confundido con una realidad. ¿Eres tú *El Coyote?* Aunque no me lo ha confesado, sospecha que vives una doble vida y posees una doble personalidad, y para convencerse de lo contrario me ha venido a despertar con la historia de que tú no estabas en tu habitación. Ahora, con tu permiso, me marcho... Vamos, Beatriz, no creo que esté bien que te quedes tal como vas en la habitación de tu novio... Y a mí no me gusta hacer de dueña.

-Sí, sí.., ya salgo -tartamudeó Beatriz-. Perdona, Edmundo.

Fue hasta la cama, mientras la angustia de su rostro era sustituida por una sonrisa de felicidad.

De súbito, aquella sonrisa helóse en sus labios. Sus desnudos pies acababan de posarse sobre la alfombra colocada junto a la cama y, en vez de encontrar el seco y agradable calor de la lana tejida, percibía humedad y contacto de tierra o de fango.

Una rápida mirada hacia la ventana le descubrió tres huellas de pies enfangados y, en el alféizar, un rastro de barro, como si al saltar por él, un pie calzado hubiera dejado tierra recién labrada.

César ya salía de la habitación. Beatriz, inclinándose sobre su novio, murmuró a su oído:

-Sé que eres *El Coyote;* pero me dejaré hacer pedazos antes que descubrirte.

Y volviéndose apresuradamente, antes de que Greene pudiera decir nada, la joven salió de la estancia, cerrando tras ella la puerta. Luego despidióse de su hermano y lentamente regresó a su dormitorio.

Capítulo XII

Nos acecha un grave peligro y no podemos vacilar

En Los Ángeles, ciudad eminentemente agrícola, abundaban los herreros y cerrajeros. Todos ellos habían sido llamados aquella mañana al Fuerte Moore Para que vieran de hallar la forma de liberar a Warmarck, que seguía asomando los brazos desde el interior de la celda donde le había encerrado *El Coyote.*

Por la forma en que estaba era imposible abrir la puerta de la celda, y por lo resistente del acero con que se habían forjado aquellas endiabladas esposas, también resultaba imposible cortarlas, ya que no abrirlas, pues de la imposibilidad de esto habíanse dado cuenta todos mucho tiempo antes.

Cuando los cerrajeros se declararon incapaces de abrir aquellas esposas, entraron en acción los herreros, y sus golpes sobre el acero parecían tan ineficaces como si los dieran sobre un cañón de sitio. Se utilizaron limas, martillos, cortafríos, alicates. Todo fue inútil, pues todo dio el mismo resultado y, al fin, los sudorosos operarios declararon que si no se traía alguna herramienta más sólida o se encontraba la llave, el *sheriff* debería conformarse con pasar la vida allí en aquella postura nada cómoda.

Al fin, a alguien se le ocurrió que si el acero de las esposas era a prueba de las herramientas locales, en cambio, los barrotes, de simple hierro, y no del mejor, podían ser vencidos con más facilidad, aunque no antes de veinticuatro horas, pues *El Coyote* había tenido la endiablada ocurrencia de hacer pasar los brazos de Warmack por el punto en que la puerta encajaba con el quicio, o sea, donde las barras eran más sólidas y más reforzadas.

Como no parecía quedar otro remedio, se comenzó a trabajar con la esperanza de que antes del día siguiente el *sheriff* pudiera salir de la cárcel; pero no librarse de las esposas que se burlaban de todos los esfuerzos imaginables.

En la habitación del general hallábanse reunidos el propio Clarke, su asistente y Lukas Starr.

-Hay que hacer algo -decía este último-. ¿Por qué no pones en libertad a Douglas Moore?

-Imposible -gruñó Clarke-. Él mismo se confesó culpable delante de dos de los mejores oficiales de la guarnición. Tengo que llevarlo ante el tribunal.

-¿Para que hable? -preguntó, muy pálido, MacAdams-. ¿Para que descubra sus relaciones con nosotros? Yo le transmití órdenes suyas, mi general.

-Y yo le ordené que matase a Echagüe y a Greene -refunfuñó Starr-. Si a ese idiota se le ocurre hablar...

-Hablará -dijo MacAdams-. Está muerto de miedo. Dice que si no le ponemos en libertad, sea como sea, lo descubrirá todo. No quiere subir solo a la horca.

Instintivamente, Starr y Clarke se llevaron la mano a la garganta, como si presintieran ya el áspero y desagrada roce de la última corbata.

-Hay que evitar que hable -gruñó Starr-. ¿Dónde lo han encerrado?

-En una habitación del fuerte -replicó Clarke-. No podíamos meterlo en las celdas en medio de tanto herrero y cerrajero.

-¿Tiene ventana esa habitación? -preguntó Starr.

-Claro.

-¿Se puede huir por ella?

-Con una cuerda..., tal vez -dijo Clarke-. ¿Por qué?

-Porque si se hiciera llegar a Moore una cuerda e instrucciones para la huida...

-¿Quieres que escape? -preguntó, extrañado, Clarke.

-Sí; conviene que escape y muera en la huida.

-¿Cómo?

-Siendo descubierto por un centinela que podrá disparar sobre él.

-Pero si el centinela está a la vista Moore no tratará de huir.

-Desde luego..., si el centinela no es amigo suyo; pero si fuera, por ejemplo MacAdams... ¿No puede hacer guardia?

-Sí, puede hacerla. Sobre todo ahora que andan los soldados persiguiendo al *Coyote.*

-Entonces el mismo Charlie puede llevarle la cuerda y decirle que aproveche el momento de su guardia para escapar sin ser visto. Cuando empiece a bajar, Charlie disparará sobre él...

Todos sonrieron. Era un plan excelente. Dos horas más tarde el cadáver de Douglas Moore era recogido al pie de la torre donde tenía su celda. Charlie MacAdams era felicitado públicamente por su buena vigilancia. Douglas Moore fue enterrado sin ninguna ceremonia y la paz volvió a Los Ángeles, adonde también pudo volver Telesforo Cárdenas.

También regresaron los jinetes que habían partido en seguimiento del *Coyote,* sin que ninguno de ellos hubiera hallado el menor rastro.

-No volverá hasta dentro de un año -dijo Starr a Clarke-. Es su manera de operar.

El general no estaba tan tranquilo.

-No sé -replicó-. No tengo tanta confianza como tú en que no vuelva. Presiento que nos acecha un grave peligro y no podemos vacilar. Hay que tomar una decisión aprovechando que Greene no está aún en condiciones de cerrarnos el paso. Tú quieres el rancho de San Antonio y yo el de los Acevedo. Además, me interesa Leonor.

-¿Un amor romántico? -preguntó Starr.

-No. Un amor práctico. Tengo un proyecto y necesito que me ayudes. Utilizaría a Charlie; pero el asunto es muy delicado y no puedo fiarme de él. Yo quiero arreglar lo del rancho Acevedo lo antes posible, y a ti te interesa lo del de San Antonio. Lo tengo dispuesto todo para que los Echagüe sean despojados de sus bienes; pero no haré nada si no me ayudas a asegurarme a Leonor de Acevedo.

-¿Qué plan es el tuyo? -preguntó Starr.

-Detener al *Coyote* en el rancho Acevedo.

-¿Cómo lo conseguirás?

-Haciéndole ir allí.

Starr sonrió, burlón.

-¿Obligándole?

-No, por medio de un amigo.

-¿Qué amigo? -preguntó curiosamente Starr.

-Tú.

-¿Yo he de convencer al *Coyote*? -preguntó, riendo, Starr.

-Sí.

-¿Cómo he de hacerlo?

-De una manera muy sencilla. En las afueras de Los Ángeles tengo una cabaña. Allí puedes entrar tú y salir convertido en *El Coyote.*

-¿Quieres decir que me disfrace de *Coyote*?

-Exacto. *El Coyote* sólo se distingue por el traje mejicano que viste, por sus revólveres, por el antifaz y por el bigote. Habla con quienes lo vieron ayer, vístete un traje parecido y trasládate al rancho Acevedo. No debes temer nada, pues si los del país te creen *El Coyote* procurarán ayudarte. Entra en el rancho, di que vas herido o cosa parecida. Deja que las mujeres, o Leonor, si está sola, te curen. Puedes decir que sólo tienes una grave torcedura de tobillo. En fin, lo que digas tiene poca importancia; lo más

conveniente es que te instales en el rancho el tiempo suficiente para que Charlie y yo podamos llegar a detenerte. Tú te entregarás y yo diré a Leonor que me veo obligado a detenerla a ella o, mejor dicho, a su madre, como propietaria del rancho, por haber dado cobijo a un bandido. Entonces, se presentan dos soluciones: detengo a la madre por favorecer al *Coyote* y hago subastar su rancho, o dejo que la muchacha compre la libertad de su madre accediendo a casarse conmigo. De todas formas yo salgo ganando, y para premiar a Leonor te dejo escapar sin tratar de descubrir tu identidad. Entonces sales, desapareces y vuelves a ser tú.

-No está mal -admitió Starr-; pero antes de hacer nada quiero que me asegures la propiedad del rancho de San Antonio.

-Los jueces fallarán en contra la petición de reconocimiento.

-¿De veras? -Starr no parecía convencido-. Los Echagüe tienen el apoyo de Greene, a quien ya no me atrevo a hacer matar; parece que le protege un poder misterioso.

-Greene no hará nada. No podrá hacerlo, porque yo soy la autoridad superior de Los Ángeles. Además, nadie nos impide repetir el juego en el rancho de don César. ¿Por qué no ha de poder buscar refugio allí *El Coyote*?

-Don César tiene muchos y muy seguros centinelas. Me expondría a recibir un balazo.

-Allí nadie disparará contra *El Coyote.* Le admiran demasiado.

-Bien, haremos lo que tú quieras; pero no trates de engañarme. Quiero que me firmes un documento reconociendo que eres mi cómplice en estos asuntos.

-Como tú gustes, Starr -replicó Clarke-. Haces mal en desconfiar de mí; pero extenderé una declaración firmada para que te convenzas de mi buena fe.

Sentándose a la mesa, Clarke sacó papel y pluma y empezó a escribir. Cuando hubo terminado tendió la hoja manuscrita a Starr, que la leyó con gran atención, asintiendo con la cabeza y guardándola al fin en un bolsillo. Luego, poniéndose el sombrero, se despidió.

-Hasta las ocho de la noche, en el rancho Acevedo.

Al salir del despacho de Clarke vio alejarse por el corredor una voluminosa india navajo. Ni por un momento se le ocurrió a Starr que la indígena podía haberles oído hablar y, mucho menos, que entendiera el inglés, idioma en que se habían expresado. Y tampoco se le ocurrió escuchar lo que se decían Clarke y MacAdams. De haberlo hecho hubiera tomado otras precauciones o habría dado el golpe antes de que sus infieles amigos terminasen de planear su fechoría.

Capítulo XIII

El Coyote ha muerto, señorita

Leonor de Acevedo sentíase dominada por una extraña turbación e inquietud.

Presentía un grave peligro y no sabía si el presentimiento era lógico o si sólo era producto de su enfebrecida imaginación.

Durante todo el día había oído hablar del *Coyote* y de su doble increíble hazaña. La servidumbre del rancho, aprovechando la ausencia de la propietaria, que había ido a mercar unas ovejas en San Bernardino, dejaba ociosos los brazos y mantenía activa la lengua, charlando continuamente de lo mismo, haciendo cábalas acerca de dónde reaparecía el famoso enmascarado, terror de los norteamericanos de California y héroe de todos los californianos que sentían orgullo de su raza.

Pasaron lentas las horas de la tarde. A su nodriza, que le preguntó varias veces por qué no salía a pasear o hacía que le fuese a buscar su novio, la despidió destempladamente.

-¡Déjame! No me vuelvas a hablar de ese idiota. Ya te dije que entre nosotros todo había terminado.

La mujer, comprendiendo que la joven estaba de mal humor, dejó para otra ocasión el momento de interceder por el heredero de los Echagüe y retiróse a las dependencias de la servidumbre, a preparar unas cuantas tortillas de maíz, instalándose con las otras criadas frente a la larga tabla de madera contra la que apoyaban la amasadora de piedra sobre la cual amasaban.

Leonor retiróse de las proximidades del patio donde estaban reunidas las criadas, charlando del héroe del día. Cuando estaba ya anocheciendo salió a gozar de la infinita paz del crepúsculo, cuya serena tristeza era un sedante para sus excitados nervios.

De pronto, por entre las palmeras que limitaban el jardín, más allá del cual estaban los huertos y pastizales, Leonor vio avanzar, lentamente, un jinete vestido a la mejicana y cubierta la cabeza con un sombrero de ala vuelta hacia arriba y cónica copa.

El corazón de la joven empezó a latir con acelerada violencia. Vio cómo el jinete, que parecía tener dificultades en sostenerse sobre la silla, llegaba a la entrada del jardín y obligaba a su caballo a entrar por entre las flores.

Leonor corrió hacia el recién llegado que, al verla, la saludó, pidiendo:

-Le ruego me perdone, señorita, si he estropeado sus flores.

Leonor sólo tenía ojos para el rostro del jinete. La débil luz del crepúsculo le permitió ver, aunque vagamente, que iba enmascarado.

-¿El Coyote? -preguntó, con débil acento.

-Sí, señorita Acevedo. Soy *El Coyote.* No quisiera causarle ningún contratiempo; pero debo suplicarle que me acoja por unas horas. Me han perseguido y me mataron el caballo. Al caer me torcí el tobillo y desde entonces he creído morir mil veces.

-Necesita que le examine un doctor...

-No, no es necesario. El doctor García Oviedo me echó un remiendo y me recomendó reposo... *-El Coyote* sonrió-. Pero los yanquis no me han dejado tiempo para reposar. Creo que ahora los he despistado. Volví hacia Los Ángeles y ellos siguen hacia Capistrano. Tal vez pueda descansar esta noche.

-¡Oh, sí, sí! -exclamó Leonor-. Le ayudaré a desmontar. Apóyese en mí.

El Coyote se dejó resbalar hasta el suelo y allí lanzó un gemido de dolor, como si el pie derecho le doliera terriblemente.

Apoyándose en el brazo de Leonor atravesó el jardín y entró en el vestíbulo del rancho.

-Le llevaré al cuarto de mamá -dijo la joven-. No volverá hasta pasado mañana y las criadas no entrarán para nada. Son de confianza; pero muy charlatanas. ¿Quiere descalzarse, señor? Le curaré el tobillo.

-No es necesario. El doctor me lo entablilló. Lo más necesario es poder reposar...

-Te va a ser difícil reposar, *Coyote* -dijo, de súbito, una voz detrás de Leonor.

Ésta volvióse, espantada, y vio, en el umbral de la estancia, con un revólver en cada mano y una sonrisa burlona en los labios, al general Clarke.

-¡Oh! -gritó-. ¡Dios mío!

-No te muevas, *Coyote* -siguió ordenando Clarke-. Te seguimos de cerca, aunque tú no lo advertiste, y te vimos entrar en el rancho. Mal asunto para usted y su madre, señorita Acevedo. Por lo que veo, ustedes se han dedicado a dar cobijo a un bandido al que persiguen las autoridades de la Alta y Baja California. Eso, señorita Acevedo, está penado muy gravemente, y lo menos que puede ocurrirles es la incautación de todos sus bienes.

-Está bien -replicó, orgullosamente, la joven-. Puede hacer lo que quiera, general. Tiene la fuerza...

-No me hable así. De un hombre se consiguen más cosas por las buenas que por las malas. No piense sólo en usted, sino en su madre. Recuerde que una palabra amable me puede conmover y hacerme olvidar lo que he visto.

El general volvióse hacia su ayudante y le dijo:

-Desarma al *Coyote...* A no ser que el propio señor *Coyote* nos quiera ahorrar ese trabajo.

-Con mucho gusto, general -replicó *El Coyote,* llevando las manos a las culatas de sus revólveres.

Apenas lo hubo hecho, Clarke disparó dos veces sobre él y Charlie le imitó, a la vez que los dos gritaban:

-¡Quieto! ¡No hagas resistencia!

La resistencia que no existió ni por un momento, excepto en el plan de los dos canallas, había sido la treta para justificar el asesinato del falso *Coyote.*

Lukas Starr, comprendiendo demasiado tarde que había sido engañado, quiso decir algo; pero la sangre ahogó su voz y se desplomó como un fardo al suelo, donde dio un par de vueltas sobre sí mismo hasta quedar inmóvil, con el rostro vuelto hacia el techo.

Leonor habíase retirado a un extremo de la estancia, tapándose los ojos para no presenciar aquel horror. Por eso no vio cómo Clarke se inclinaba sobre el cadáver que ella suponía del *Coyote,* al mismo tiempo que decía:

-Quitémosle la declaración que le firmé. Va a ser una sorpresa...

-La sorpresa le aguarda a usted, amigo Clarke -dijo una potente voz detrás del canalla.

Clarke y MacAdams volviéronse en redondo. Leonor abrió los ojos y lanzó un grito de asombro, al que siguió una mirada de estupefacción que fue del *Coyote* muerto a pocos metros de ella, hasta *El Coyote* vivo que, de pie en el alféizar de la gran ventana del dormitorio de la madre de Leonor, enmascarado, vestido de negro y empuñando dos pesados y larguísimos revólveres, apuntaba con ellos a Clarke y MacAdams.

-No se mueva, general -siguió *El Coyote-.* Por fin nos vemos frente a frente. Hizo usted muy mal no poniendo un centinela a la puerta de su despacho. Hay indias que no hablan el español y, en cambio, conocen el inglés. Una de mis espías tiene ese defecto o esa virtud. Otro de sus defectos o virtudes es el de escuchar lo que habla la gente al otro lado de las puertas. Hoy ha oído cosas muy interesantes y... ¡quietos!

Al mismo tiempo que daba la orden, *El Coyote* disparó dos veces contra sus adversarios que, instintivamente, habían tratado de empuñar sus armas.

Los dos se echaron atrás, llevándose la mano izquierda a sus destrozadas orejas.

-No se muevan porque el próximo tiro irá a la cabeza -advirtió *El Coyote-.* Querían tender una celada a la señorita Acevedo, hacerla creer que había dado amparo al *Coyote,* aterrorizarla con las consecuencias de su buena acción... Para hacer que

consintiera en casarse con usted, Clarke. Pero ha fallado. El plan llegó a mis oídos y *El Coyote* nunca desampara a un amigo.

Leonor de Acevedo miraba, llena de asombro, al *Coyote.* ¡Aquella voz...!

-Creyendo que después de matar a Starr no le costaría nada recuperar el documento que le firmó, confesándose autor de una serie de cosas malas, cometió usted una imprudencia que le costará la degradación en el Ejército y, tal vez, el pelotón de fusilamiento. Para su cómplice MacAdams le tienen reservado un viaje al otro mundo en la nueva horca, ¿no es cierto Charlie?

El asistente de Clarke inclinó la cabeza. A sus pies tenía un pequeño escabel...

El Coyote sólo tuvo tiempo de saltar a un lado cuando el pesado escabel salió despedido de un fuerte puntapié que le propinó Charlie MacAdams. De haberse distraído un segundo, el pesado objeto le hubiera dado en la cabeza.

Sin embargo, el tener que saltar al suelo desde el alféizar de la ventana, estuvo a punto de serle fatal, pues a la vez que tiraba el escabel, Charlie empuñaba su revólver y lo disparaba tres veces contra *El Coyote.*

Una de las balas encontró su destino, y el enmascarado, al llegar al suelo, sintió que se le doblaban las piernas y se nublaba su mirada. Más por instinto que por otra cosa, aún pudo hacer otros dos disparos, que alcanzaron en la espalda a Charlie MacAdams cuando éste huía en pos de Clarke.

Éste, ignorando que *El Coyote* estaba herido, abandonó la casa a la carrera y, montando en su caballo emprendió el único camino que ya le era posible seguir: ¡el del destierro al territorio de Arizona! California le quedaba cerrada para siempre.

En la habitación en que se había desarrollado el trágico drama, Leonor estaba arrodillada junto al *Coyote.*

Éste se hallaba tendido de espaldas y luchaba esforzadamente por no perder el conocimiento, comprendiendo lo importante que era para él no desfallecer en aquel trance; pero aunque todos sus sentidos estaban puestos en ello, no pudo evitar un ligero desvanecimiento.

Creyéndole moribundo, Leonor, sacudida por violentos sollozos, tragándose las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, le arrancó el antifaz.

Lo que vio justificó sus sospechas, despertadas al oír la voz del *Coyote,* y besando el pálido rostro del herido, sollozó:

-¡César, César! ¡Amor mío! ¡Perdóname! ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Con un supremo esfuerzo, César de Echagüe pudo volver en sí y sonrió dolorosamente al ver a Leonor inclinada sobre él.

-Ponme el antifaz -musitó-. Nadie debe saberlo... Debo conservar la otra máscara... Sólo lo sabe Greene. Avísale... No... Beatriz tampoco lo sabe... Greene me descubrió ayer noche, cuando iba a salir... hacia el fuerte. Pero es un buen amigo... En el traje de Starr hay una confesión escrita por Clarke...

-Sí, sí..., todo lo que quieras, César..., pero dime que me perdonas... Debí comprender que un Echagüe no puede ser cobarde..., pero hablabas de una manera tan rara.

-Desde que partí de California adopté este disfraz -musitó César-. Venía por Méjico y todos los años hacía una visita a California... Nadie ha sospechado de mí... Es preciso guardar el secreto... Y puede hacerse creer que *El Coyote* ha muerto... Tú di toda la verdad de lo que ocurrió antes de mi llegada... Cambia mi revólver por uno de los de Starr. Creerán que él mató a MacAdams.

De nuevo el mundo perdió consistencia para César de Echagüe y sus sentidos volaron lejos. Cuando volvió de nuevo en sí, Edmonds Greene estaba a su lado y él se encontraba en el lecho que le fue dispuesto en el rancho Acevedo.

-He dicho que se le disparó un revólver -explicó Greene-. Nadie sospecha nada.

Para todos, *El Coyote* ha muerto.

Clarke ha sido expulsado del Ejército y su cabeza puesta a precio...

-¿Llevo muchos días así? -preguntó César.

-Una semana. MacAdams le acertó bien. Un milagro que no le matase.

-¿Y mi padre?

Greene se echó a reír.

-Dice que sólo a un idiota se le puede ocurrir pegarse un tiro semejante.

-¿Nadie sabe nada? -sonrió César.

-Nadie.

-¿Ni Beatriz? -preguntó César.

-Ni Beatriz. Cree que lo de la otra noche fue realmente un sueño. Para ella, *El Coyote* ha muerto.

-Y para mí también -dijo Leonor, acercándose a la cama-. Ahora ya has arreglado a Los Ángeles. Deja que lo demás lo arreglen los otros. Después de ver lo que es una lucha, te prefiero muerto, mi querido *Coyote.*

César de Echagüe sonrió burlonamente.

-Eso le enseñará a no fiarse de las mujeres, amigo Greene. Su pensamiento es mudable como una pluma agitada por el viento. Ahora quiere un héroe casero y ayer suspiraba por uno romántico. La variación se debe a que ha oído unos tiros y ha visto morir a dos hombres.

-Supongo que no pensarás seguir rodando de rancho en rancho -refunfuñó Leonor.

-No, de momento, no; pero la labor del *Coyote* quizá aún no esté terminada. Tendremos que volver a luchar contra enemigos tal vez superiores a los que hemos derrotado ahora. ¿No es cierto, Edmundo?

-Sospecho que sí, *Coyote.* Se sigue descubriendo oro y de todo el mundo llegan hombres sin ley a ganarlo sea como sea. Creo que tendremos trabajo...